HENRY BERNSTEIN

SANSÓN

DRAMA EN 4 ACTOS

TRADUCCIÓN DE

RAMÓN CARALT



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, 24
1923

SANSÓN

SANSÓN

DRAMA EN 4 ACTOS

de

HENRY BERNSTEIN

Adaptado a la escena española

por

Ramón Caralt

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL de Madrid, el día 7 de Septiembre de 1923



BARCELONA
Imp. MILLÁ - San Pablo, 21
1923

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
Jaime Brachart. . . .	43 años	Francisco Morano
Jerónimo Le Govain . .	30 »	Gonzálo G. Delgrás
El Marqués Honorato d'Andelin	58 »	Fernando Montenegro
Maximiliano d'Andelin.	26 »	Marcial Morano
Flach		José Cañizares
Glorieux		Enrique Portes
Zambo. (Criado negro).		N. N.
Pilón. (Maitre d'hotel). .		José M.ª Ladó
Juan		Miguel Arenas
Ana María Brachart . .		Amparo F. Villegas
La Marquesa d'Andelin.		Julia Sala
Gracia Ritherford. . .		Eloísa Vigo
Clotilde		Filomena Sedeño

La acción de los cuatro actos: en París

 

ACTO PRIMERO

Elegante salón en casa de los D'Andelin. Es de noche. Hay recepción. Mucha luz. Los personajes visten de *soirée*, excepto Jaime Brachart, que lleva traje de viaje.

ESCENA PRIMERA

La MARQUESA y un MAITRE D'HOTEL; en seguida MAX; después HONORATO

MAR. ¡Esos pasteles son detestables! He dejado el mío. Y sobre todo no los sirva usted al mismo tiempo que los refrescos. El *savarin*, el *saint germain* pero no los pasteles. ¡Ah! Despida usted al nuevo criado.

MAITRE. ¿No es del gusto de la señora Marquesa?

MAR. No. Lleva unos zapatos que rechinan. Además no sabe estar en su sitio.

MAITRE. Bien, señora Marquesa.

MARQ. No olvide lo de los pasteles. ¿Dónde los compró usted?

MAITRE. En la calle de Verneuil.

MARQ. Busque otro confitero, pero del mismo precio, y esa porquería déjela usted para la servidumbre.

MAITRE. ¿Manda algo más la señora Marquesa?

MARQ. No.

(Se va el Maitre d'hotel. Entra Max.)

MAX. Buenas noches, mamá.

MARQ. Buenas noches.

(Friamente)

MAX. ¿*"En forme"*?

(Después de besarle la mano.)

MARQ. ¿Qué es eso?
MAX. Me entero de tu salud.
MARQ. Muchas gracias, mi salud es buena.
MAX. Me alegro.

(Va a marcharse al saloncito de juego.)

MARQ. Un momento, Maximiliano. Vemos con desagrado que el lugar que le destinamos a usted en nuestra mesa, permanece vacío. Sus padres le suplicaron que comiera, por lo menos, dos veces por semana en su compañía. Pero eso debe ser superior a sus fuerzas, puesto que en diez días no se ha dignado presentarse ni una sola vez.

(Pausa)

¿Qué responde usted a eso?
MAX. Que todo es rigurosamente exacto.
MARQ. Seré breve. Oyeme con atención.
MAX. Dispensa, mamá; prefiero ir a jugar al *bridge*.

(Aparece Honorato.)

HONO. Vengo a decirte que en el salón se está notando tu ausencia.
MARQ. Déjame en paz.
HONO. Es que Juan me espera para una partida de poker y...
MARQ. Que me dejes en paz te digo.
HONO. Bien, bien.

(Medio mutis al salón de juego.)

MARQ. Escúchame.
HONO. Que Juan me está esperando.
MARQ. Ven aquí Siéntate.

(Honorato se sienta resignado.)

MAX. *"Evening"*, papá.
HONO. Hola, hijo mío. ¿Qué tal?
MARQ. ¿Olvidas sin duda la conducta de Maximiliano; su prolongada ausencia?

(Con severidad.)

HONO. No lo olvido, no, ¡caramba! No lo olvido. ¡Hum!... ¿Por qué no has comido esta noche en casa?

MAX. No quieras saberlo, papá. Es toda una historia.

MARQ. ¡Bien! No hay que insistir más. Veo claramente que faltas a todo respeto filial; que llevas una vida degradante y lamentable.

(A Honorato.)

¿No es cierto?

HONO. Sí.

(Distraído.)

MARQ. ¿En qué estás pensando?

HONO. En nada. Ya escucho.

MARQ. Nadie lo creería: ¿qué es lo que acabo de decir?

HONO. Pues... lamentable...

(A Max, con vehemencia.)

Sí; lamentable.

MARQ. Ya lo oyes, hijo mío; tu padre es de mi opinión.

MAX.. ¡Como que nunca ha tenido otra opinión que la tuya!

MARQ. Sabemos también que malgastas tontamente los dones admirables...

HONO. Admirables...

(Max se ríe.)

MARQ. Honorato, hazme el favor de callar... aunque no sea más que un segundo.

HONO. ¡Me callo!

MARQ. He de añadir además que... que...

(A Honorato.)

Si tú no me hubieses interrumpido... ¡Ah! ¡sí! Que vas a perder la salud. Te levantas a las cinco de la tarde; pasas las noches en los cafés...

MAX. ¡En los cafés!

MARQ. O en los bars jugando a los dados, bebiendo whisky y alternando con seres embrutecidos como Saint Gerard o Pedro de Ro-

chepont. ¿Así empleas la inteligencia, la verbosidad y la gracia que has heredado de tus padres? Para llegar a ese extremo de degradación, preferiría cien veces que fueses idiota. ¿Y tú?

(A Honorato.)

¿No me oyes?

HONO. ¡Ah, sí! ¿Como cien veces? ¡mil! ¡dos mil!

(A la marquesa.)

Permíteme que yo también le sermonee un poco: He sabido con desagrado que te llaman el La-Rochefoucauld de casa Maxim... y francamente...

MAX. Fuí yo quien me puse este mote.

MARQ. Tú. ¡Permíteme que te felicite, Maximiliano!

MAX. No me llames Maximiliano, mamá; llámame Max. Resulta tan ridículo como si yo llamase a papá Honorato, en lugar de llamarle Nonó, como todo el mundo.

HONO. ¿Tú me llamas Nonó?

MAX. Cuando nos hallamos en familia, no; pero cuando en alguna conversación mezclo tu nombre...

MARQ. Esperábamos con ansia tu llegada, para anunciarte que estamos completamente decididos a no soportar ni un día más tu deplorable conducta.

HONO. ¡Ni un día más!

MARQ. No ignoras la situación difícil que atravesamos, desde el matrimonio de tu hermana.

MAX. ¿Situación difícil?

MARQ. ¡No te hagas el tonto!

MAX. No veo lo difícil. Desde entonces habéis pagado todas vuestras deudas y ganado más de un millón de francos en la Bolsa...

MARQ. No se trata de dinero. Tú sabes perfectamente a qué disgustos, a qué contratiempos hago referencia.

MAX. Lo que sé, es que vuestro yerno se llama

Brachart... que ha sido Bajá en otros tiempos. ¡Un Bajá! Debierais bailar de gozo.

MARQ. Nosotros llevamos uno de los apellidos más ilustres de Francia; nuestra familia es una de las más antiguas.

HONO. Una de las cuatro más antiguas.

MARQ. Dolorosas circunstancias nos han obligado a conceder la mano de nuestra hija a ese...

HONO. Sí, a ese...

MARQ. ¡Brachart es un excelente sujeto! ¡Yo le quiero mucho! Pero... su nacimiento... su antigua profesión... La sociedad nos juzga severamente. Este enlace nos ha traído la hostilidad general.

MAX. Veo que padecéis manía persecutoria

MARQ. Y por si esto no bastara, nuestro propio hijo se une a los enemigos de la familia para...

MAX. No es cierto, mamá. Ni hay tales enemigos, ni yo...

MARQ. No mientas. Ayer mismo en un bar inmundo, donde sueles pasar las noches... La Abadía de... ¡no me acuerdo!

MAX. De Theleme.

MARQ. Sí, de Theleme; te permitiste algunas bromas de mal gusto.

MAX. ¡Os lo han contado ya!

HONO. Lo sabe todo París.

MARQ. Dijiste, hablando de tus futuros proyectos: "Por fortuna mi cuñado posee más de treinta millones, y gracias a él podré, como han hecho mis padres, pagar todas las deudas y convertirme en poco tiempo en un pequeño rentista".

MAX. ¿Y qué tiene eso que ver? ¿No juegan los demás a la Bolsa y se enriquecen con el dinero y los consejos de Brachart? Lógico es también que me ayude a mí, por lo menos, a pagar mis atrasos. De vez en

cuando le pido alguna pequeña cantidad, y en lugar de aventurarla al juego, se la doy a mis acreedores para que me la guarden a cuenta; es mi sistema.

MARQ. Pues el mío es impedir que sigas explotando la credulidad y la buena fe de Jaime, y desde esta noche...

MAX. ¡Ya es demasiado!

(Cruzándose de brazos y levantando la voz.)

¿Qué significa tal severidad?

MARQ. ¡Chist! ¡Cállate!

(Mirando con recelo hacia el salón.)

MAX. Acaso te imaginas que mientras los demás viven como se debe vivir, yo he de permanecer arrimado a tus faldas?

MARQ. ¿Quieres callarte?

MAX. ¡Mírame bien, mamá!

(Levantando más la voz.)

MARQ. ¡No grites así!

HONO. ¡No grites!

MAX. Tenéis razón.

(Bajando el tono.)

HONO. ¡Hay que evitar el escándalo!

MARQ. Eres un ser despreciable, envilecido...

HONO. ¡Muy envilecido!

MARQ. ¡Yo te maldigo!

MAX. ¡Qué ridiculez!

MARQ. ¡Y tu padre también te maldice!

HONO. ¡También!

(Risueño.)

MAX. ¿El?... ¡Mírale, mamá! Vamos, no os enojéis conmigo. Recordad que contamos en la familia con un millonario y que no tenemos motivos para estar de mal humor.

MARQ. Muchos. ¿Qué será de nosotros dentro de algún tiempo? ¡Nos están haciendo el vacío!

MAX. Cualquiera que te oyera, creería que tus salones han quedado desiertos; ahí al lado está el juego y no veo que falte en él nin-

guno de nuestros compañeros de bridge.

MARQ. Esos especulan con los cobres egipcios

HONO. Necesitan todos de los consejos de Brachart.

MAX. Especuladores o no, el caso es que acuden. Oyeme un consejo, mamá: recobra tus aires de otros tiempos; vuelve a ser la arrogante Marquesa d'Andelin, como dice ese pícaro de Glorieux, y no te preocupes en querer abrir a tu yerno las puertas de la buena sociedad. De ello se encargará indudablemente un hábil muchacho que le conoce a fondo, que se desvive por él y que no le hará traición. Yo te lo aseguro.

MARQ. ¿Y ese eres tú?

MAX. No, el propio Brachart.

HONO. ¡El!

MARQ. ¡Eh!

MAX. No le juzguéis tan inepto. Convencido estoy de que le sobran energías para vencer. Si quiere atraerse a la gente del gran mundo, lo conseguirá.

MARQ. ¡Sí,sí!

MAX. Desde ahora apuesto veinticinco luises en favor suyo. ¡Es una voluntad de hierro! Recordad su vida. Nace en Marsella. No conoce a sus padres. A los veinte años, casi perece de hambre. Luego se le encuentra descargando buques en el muelle de la Joliette.

MARQ. ¡Falso!

HONO. ¡Una leyenda!

MARQ. ¡Una infame calumnia! Jaime era secretario de...

MAX. No profundicemos La realidad quizás sería menos novelesca. Quince años después, nuestro Brachart vive en Egipto, donde se le llama Brachart Bajá y es director de un periódico. Más tarde llega a ser administrador de grandes empresas comerciales. Un

día, Jaime se instala en París. Viene a ofrecernos sus famosos cobres egipcios y a vivir a la altura de su posición. Sus relaciones con tres o cuatro personajes distinguidos que conoció en el Cairo, le proporcionan el medio de ensanchar su campo de operaciones, y en poco tiempo aumenta su fortuna hasta triplicarla. Los cobres egipcios que en un principio se cotizaron a cien francos, suben a quinientos, después a seis cientos, luego a setecientos... ¡Todo el mundo juega, todo el mundo ríe, todo el mundo canta! ¡La edad de oro llegó! ¡Brachart es un héroe! ¡Viva Brachart! ¿Decidme si semejante hombre puede detenerse en mitad en su camino?

MARQ. Tú olvidas que al sólo anuncio de la boda, nuestras relaciones...

MAX. Naturalmente. El día en que Jaime fijó los ojos en Ana-María d'Andelin, mi hermana, os la pidió en matrimonio y obtuvo vuestro consentimiento, nuestros amigos pusieron mala cara. ¡Es la moda! Pero eso pasa pronto. A ello se van ya acostumbrando, y dentro de un año, o antes, apenas los cobres egipcios suban unos enteros más, los tenéis a todos de vuestra parte.

MARQ. ¿Tú crees?...

(Medio convencida.)

MAX. ¿Quién lo duda?

MARQ. ¡Qué muchacho!

MAX. Abrázame mamá.

MARQ. Si cambiaras de modo de vivir o te enmendases un poco... o al menos consintieras en casarte.

MAX. ¿Le habéis descubierto alguna hermana a Brachart?

MARQ. ¡Estas loco! Podrías encontrar una magnífica proporción que nos... rehabilitara a los ojos de...

MAX. Ya hablaremos de ello otro día. Déjame ahora. Esta noche he de ganar aún lo necesario para disfrutar de la vida. Buenas noches papá; buenas noches mamá de mi alma. ¡Que descanséis!

(Vase al salón de juego.)

ESCENA II

MARQUESA y HONORATO

MARQ. ¡Qué muchacho! ¡Cómo se parece a mí! ¡Qué inteligencia! ¡Qué penetración!
HONO. ¡Lo que me disgusta en extremo es que me llame Nonó! Prohíbeselo terminantemente.
MARQ. Amigo mío, algo más importante me preocupa.
HONO. ¿Y es?...
MARQ. Que Ana María siga esa línea de conducta con su marido. No me extraña, pero lo deploro.
HONO. ¡Es deplorable!

(Vase Honorato al salón de juego.)

ESCENA III

ANA MARÍA, MARQUESA, luego GERÓNIMO

MARQ. ¿Te marchas ya, hija mía?
ANA. No; aguardo su llegada. La atmósfera del salón me molesta.

(Pausa.)

MARQ. ¿Con que viuda por veinticuatro horas?
ANA. ¿Viuda? ¡Ah, sí!
MARQ. Desde que os casastéis, ésta es la vez primera que Jaime se separa de ti. ¿No es cierto?
ANA. Cierto.

MARQ. ¿Y su ausencia no te preocupa? Esta noche cuando te veas sola en tu casa...

ANA. Cuando él está allí, es cuando me encuentro verdaderamente sola.

MARQ. ¡Ana María, por Dios!...

(Aparece Le Govain.)

¡Ah! es Le Govain!... ¿Abandona usted el juego?

LE GO. ¡Señora, hoy no es día de juego para mi.

MARQ. Esta mañana estuve hablando de usted con una prima mía, lejana, muy hermosa por cierto, a la cual no había visto desde hace algunos años. Me dijo que le conocía mucho. "¡Le Govain"! exclamó: "¡Jerónimo Le Govain!" ¡Qué hombre terrible! Un día en las carreras tuvo una acalorada disputa con mi marido.

LE GO. ¡Ah! ya recuerdo: en las carreras de Blois. Hace diez años. ¿El marido se llama Duquesnel?

MARQ. Exacto.

LE GO. ¡Valiente imbécil! Nos batimos al día siguiente y le propiné una buena estocada.

MARQ. ¡Pero usted se ha batido con todo el mundo!

LE GO. Los que me buscan, me encuentran.

MARQ. ¡Es usted peligroso!

(Levantándose.)

¿Se queda?

LE GO. Conversaré un poco con Ana María. Luego iré al Círculo.

ANA. Sí, acompáñeme unos momentos.

MARQ. Hasta el sábado, pues.

LE GO. Sin falta.

MARQ. Buenas noches Le Govain.

LE GO. A sus órdenes, marquesa.

(Vase la Marquesa.)

ESCENA IV

ANA MARÍA y LE GOVAIN

(Apenas se marcha la Marquesa, Le Govain se acerca a Ana María y la coge las manos.)

LE GO. ¡Mi Ana María! ¡Mi adorada Ana María!
ANA. Amigo mío.
LE GO. ¡Qué frialdad!
ANA. ¡Frialdad!
LE GO. No es el recibimiento que esperaba. Dime. ¿Tu Brachart se marcha por fin?
ANA. Esta noche.
LE GO. ¿A Londres?
ANA. ¿No se lo oíste a él mismo?
LE GO. ¿A qué hora sale el tren?
ANA. A las doce y media.
LE GO. Entonces... a esa misma hora un auto te aguardará frente al número 88 de la Avenida Malakoff.
ANA. Yo estaré ya dispuesta y apenas llegue, bajaré a reunirme contigo.
LE GO. ¿Y los criados? ¿Cómo te arreglarás?
ANA. De nadie he de ocultarme.
LE GO. Pero cuando se enteren de que has pasado la noche fuera de tu casa...
ANA. ¿Qué?
LE GO. ¿Cuando lo sepa tu marido?
ANA. Lo sabrá.
LE GO. ¿Y si te interroga?
ANA. No tiene derecho a interrogarme.
LE GO. ¡Valerosa eres, mujer! Tu carácter se parece al mío. ¿Me quieres con toda tu alma?
ANA. ¡Quizás!

(Con coquetería.)

LE GO. Sí; me quieres, estoy seguro. De lo con-

trario, no buscarías mi compañía a todas horas, como me buscas, como deseas.

ANA. Necesito verte, oir tu voz; ¡tú eres mi amor! ¡el primero; el único!... Mi corazón ansioso de cariño, necesita de ti. ¡Mi Jerónimo! ¡mi vida!

LE GO. ¿Te convences ahora de que me quieres?

ANA. Al pensar que dentro de una hora hemos de reunirnos para ir los dos, donde tú dispongas, mi alma se estremece de júbilo y de impaciencia. ¡Evadirme una noche de mi cárcel! ¡Qué alegría! Me expongo a fatales consecuencias, lo sé; pero ésta ansiada noche de libertad será el recuerdo venturoso.... ¡Es inútil! ¡No me comprendes!

LE GO. ¡Te comprendo y te admiro! ¡Gustas de las aventuras! Yo también vivo para ellas, para los golpes de audacia. Te he dicho antes que nos parecíamos. ¡Si supieras... tengo un proyecto... al principio lo deseché; luego, reflexionando.... Sí, sí, debemos cometer esa locura. ¡Es digna de los dos!

ANA. ¿Qué locura?

LE GO. A media noche, en vez de seguir directamente hacia la Avenida Montaigne, pasaremos antes.... Pero, no ¡quiero darte una sorpresa. ¿Tienes confianza en tu Jerónimo?

ANA. Absoluta. ¿De qué se trata?

LE GO. Amor mío: puesto que deseas un grato recuerdo de este día, déjame hacer a mi. Es una idea que me seduce y por nada del mundo renunciaría a ella. Permíteme ese capricho.

ANA. Bien.

LE GO. ¡Qué adorable eres! Ahora será conveniente que me retire.

ANA. Sí, véte. Yo permaneceré aquí media hora más. Después, a mi casa, donde aguardaré el momento de tu llegada.

LE GO. A las doce y veinte, a más tardar, oirás la bocina del auto. Hasta luego, mi adorada Ana María.

ANA. Hasta muy pronto.

(Llega al fondo.)

LE GO. Anita. No cambies de *toilette.*

ANA. No. Me pondré un abrigo encima...

LE GO. ¡Magnífico! El vestido es de tan esquisito gusto... ¡Adiós!

(Siguiéndola con los ojos hasta que desaparece. Al ir a marcharse, tropieza con Gracia, que acaba de llegar.)

ESCENA V

LE GOVAIN y GRACIA

GRA. ¿Estorbo?

LE GO. ¡Qué disparate! Es usted una de aquellas personas a las que siempre se ve con agrado. Precisamente iba en su busca.

GRA. También yo le buscaba a usted.

LE GO. ¿A tales horas? Según me dijo Glorieux, ésta noche tendrá lugar la cena.

GRA. Sí, y los Ruches exigen terminantemente su asistencia.

LE GO. Asistiré.

GRA. ¿Entonces el misterioso obstáculo que se oponía?

LE GO. Irá conmigo.

GRA ¿Y nos la presentará? Porque supongo que se trata de una mujer.

LE GO. Se trata de una sorpresa que les llenará de asombro.

GRA. ¿Quién?

LE GO. Inútil es que trate de averiguar...

GRA. ¡Dios me libre!

LE GO. Prevenga usted a los amigos que uno tras otro suban al comedor con toda prudencia.

GRA. Empieza ya mi asombro.

LE GO. Yo llegaré más tarde. ¿Quiénes asisten a la cena?

GRA. Los Ruches, Enriqueta, Juana, Glorieux... Los de siempre. Cenamos en el café de París.

LE GO. En el café de París. ¿A qué se debe tal cambio.

(Contrariado.)

GRA. Un capricho de Ruches. Le ha parecido el lugar más apropiado. He de advertírselo a Glorieux. ¿Está aquí?

LE GO. Sí. Está jugando.

(Después de una pequeña pausa.)

Francamente: no apruebo la elección.

GRA. ¿No es de su agrado el establecimiento?

LE GO. Para mí, todos son iguales. Pero es que hoy precisamente...

GRA. ¡Hoy!

LE GO El local... el sitio... aquel corredor... la dependencia... la salida... Si armamos un escándalo como la otra noche... los vecinos tal vez...

GRA. ¡Amigo mío! ¡Le desconozco! ¡Excesiva prudencia!

LE GO. Es que...

GRA. Ya comprendo. Teme usted comprometer a su invitada-sorpresa!

LE GO. Acaso me vió usted alguna vez, ir con escrúpulos?

GRA. Ahora.

LE GO. Perdóneme, trataba de salvar su reputación creyendo que si dábamos un espectáculo poco edificante..., pero olvidé que no hay necesidad.

GRA. ¡Jerónimo! ¿por qué eres tan despiadado conmigo, tan cruel?

LE GO. ¿La he ofendido a usted? ¡Una broma!...

GRA. ¡Tus bromas son sangrientas! De algún tiempo a esta parte, me hablas en un tono... ¿Por qué no has contestado a mis cartas?

LE GO. ¿Sus cartas? La última data de hace dos meses.

GRA. Te he escrito varias y no has contestado a ninguna de ellas.

LE GO. Nos hemos visto después tantas veces...

GRA. Pero siempre rehuyes mi conversación.

LE GO. Prueba de que no, es la que sostenemos.

GRA. Me es imposible verte o hablarte a solas. Tu ayuda de cámara tiene su consigna... y cuando llamo por teléfono...

LE GO. En fin, Gracia, ¿qué significa?...

GRA. ¡Eres un infame! un...

(Llorando.)

LE GO. ¿A qué viene esto? El lugar y la hora me parecen inoportunos.

GRA. Contesta a mis reproches.

LE GO. Año y medio hace que nuestras relaciones terminaron y mucho me extraña que siendo ahora dos amigos, únicamente dos buenos amigos, sin motivo fundado trate usted de...

GRA. Recuerda lo que me prometiste.

LE GO. ¿Qué le prometí?

GRA. Que nos casaríamos.

LE GO. ¡Cómo soñar en tal locura!

GRA. Locura ahora, pero entonces gran idea, gran solución para ti. ¡Ah, si en mi casa no hubieses hecho amistad con Brachart!

LE GO. ¿Qué tiene que ver Brachart?

GRA. Él te proporcionó los medios de especular con los cobres egipcios; él te alentó, te ayudó y hoy gracias a él, es decir, gracias a mí, que te facilite un dinero, posees una fortuna de cuatro millones.

LE GO. Acabarás por ponerme nervioso. Nada te debo.

GRA. ¡¡Nada!!

LE GO. Déjame en paz. Esta noche cenaréis sin mí... Adiós.

GRA. No te vayas, Jerónimo, no te vayas de esta manera. Perdóname. ¡Sufro tanto!

LE GO. Lo lamento; pero te prohibo terminantemente que vuelvas a importunarme de tal

forma, en una casa que no es la nuestra, porque de lo contrario...

GRA. ¡Jerónimo!

LE GO. Me defenderé; te lo juro, me defenderé de otra manera. Renuncia de una vez para siempre a tus humillantes pretensiones y ¡ay de ti! si llegas a exasperarme, porque sabrán todos el motivo que ha impedido a Jerónimo Le Govain casarse con Gracia Ritherford.

ESCENA VI

DICHOS y BRACHART

BRACH. Buenas noches señora. Encantado de verla a usted más bella que de costumbre.

(Le besa la mano.)

¿Qué tal Jerónimo?

LE GO. Bien, gracias.

BRACH. Perdonen ustedes. Me aguardan allí. Hasta luego.

(Vase.)

ESCENA VII

GRACIA y LE GOVAIN

LE GO. ¡Hombre especial!

GRA. ¡Hombre curioso!

LE GO. ¡Qué vulgaridad la suya!

GRA. No tanta como parece.

LE GO. ¡Le agrada a usted!

GRA. No me disgustan sus maneras. Tiene el aire de hombre acostumbrado a la lucha.

LE GO Tiene aire de lo que ha sido: descargador en el muelle de la Joliette.

GRA. Jerónimo, eres cruel con nuestro buen Brachart. Positivamente nadie conoce su pasado.

LE GO. Se engaña usted.

GRA. Sabemos que es hijo de unos modestos comerciantes de Marsella.

LE GO. ¡Gente despreciable!

GRA. En cuanto a la primera juventud de nuestro héroe todo el mundo la ignora.

LE GO. Yo sé por conducto fidedigno...

GRA. Y después de todo, el que haya o no descargado buques, no impide que sea un excelente sujeto, una bellísima persona.

LE GO. ¡Llamas bellísima persona a ese animal!

(Acercándose a Le Govain, después de una pausa en la que le examina detenidamente.)

GRA. Tú eres el amante de su mujer.

LE GO. ¡Eh! ¡Qué dices! ¿Has perdido la razón?

GRA. Ya ves que no.

LE GO. ¿Quién ha inventado tal novela?

GRA. Es inútil que trates de negarlo. En materia de amor soy muy hábil.

LE GO. ¿Acaso tú supones?...

GRA. Supongo lo cierto.

LE GO. Cómo iba yo a atreverme a enamorar a Ana María, a la que he conocido siempre en posición tan elevada. Hay diferencia de clase.

GRA. ¡Qué importa! Sus padres te tratan con afecto. El marido te presta servicios que aceptas, aunque con marcado disgusto. La empresa es atrevida, arriesgada, tentadora, en fin. Propia de ti.

LE GO. ¡Mal me conoces!

GRA. Porque te conozco mucho, digo esto.

LE GO. El corazón de Ana María no se vende.

GRA. Pero se entrega. Ella será una amante cariñosa, apasionada... ¡Tiene a quien parecerse! Su madre la Marquesa d'Andelin ha sido una mujer de no difícil acceso, y en cuanto al pobre Nonó....

LE GO. ¡Has perdido el juicio

GRA. ¿Es a Ana María quien vas a llevar al café de París?

LE GO. ¡Justo! sí; a Ana María.

GRA. No creo que llegues a tal extremo. Aprovecharse del sueño de Brachart...

(Riendó)

No confíes demasiado. ¡Está loco por su mujer! Pero, ¡cá! ¡imposible! ¡Cómo iba a consentir ella!...

(Picado en su amor propio.)

LE GO. Dí entonces que si un día, por casualidad, yo la llevara a pasar un rato en nuestra compañía, creerías inmediatamente que era mi amante?

GRA. ¿Se trata pues de Ana María?

LE GO. ¡Qué tonterías dices!

GRA. Tonterías no. Si ella te quiere, nada veo de particular.

LE GO. ¡Silencio!

ESCENA VIII

DICHOS y MAX

MAX. Buenas noches, Gracia. ¿Te anunciaron ya?

GRA. Sí. Vine a saludar a tu madre, a la que no he visto desde el domingo último.

MAX. Pues no se habrá enterado. Está allí tranquilamente.

(Mirando por el fondo.)

GRA. Voy en su busca. Hasta después.

(Al llegar a la puerta del fondo.)

Tratadme con consideración.

MAX. ¿Por quién nos tomas?

ESCENA IX

LE GOVAIN y MAX

MAX. ¡Nuestro amor!

(A Le Govain por Gracia.)

LE GO. ¡Me molesta esa mujer!

MAX. Eres un ingrato. Yo la veo siempre con gusto. Conservo gratos recuerdos de ella.

LE GO. ¿Acaso tú también?...

MAX. Sí. ¡Te extraña!

LE GO. ¿No te disgusta que tu madre la reciba?

MAX. Es prima suya.

LE GO. Tu tía Armoran lo es también, y sin embargo no vaciló en despedirla de su casa.

MAX. Ella puede hacerlo. Nosotros desde el casamiento de mi hermana con Brachart, vivimos algo distanciados con la mayor parte de nuestras antiguas amistades. Cuando todo se normalice procuraremos alejar a Gracia, y entonces no te molestará su presencia, desventurado Jerónimo.

(Besándole en la frente.)

LE GO. ¿Qué haces?

MAX. ¿Irás después a la Abadía?

LE GO. No.

MAX. ¿A casa Maxim?

LE GO. Tampoco.

MAX. ¿Entonces a la calle Real?

LE GO. A ninguna parte.

MAX. ¡Agradecido!

ESCENA X

DICHOS, MARQUESA, en seguida BRACHART y GLORIEUX

MARQ. ¿Aún está usted aquí, Le Govain?

LE GO. Me detuve oyendo a Max.

MARQ. ¡Alguna gracia de las suyas!

(Aparece Brachart del brazo de Glorieux.)

BRACH. Entonces amigo Glorieux, queda el medio clásico: vender en firme y comprar primeras.

LE GO. Sí; dan el diez.

GLOR. ¡Son sesenta francos de diferencia!

MARQ. También arriesga usted menos.

GLOR. Prefiero conservarme en mi puesto.

BRACH. Es lo mejor. ¿Qué motivo les induce a creer que la liquidación producirá la baja?

MARQ. Ayer cerramos a ochocientos cuarenta y cuatro, ¿verdad?

LE GO. A ochocientos cuarenta y cuatro. ¡Ha sido una semana admirable!

BRACH. A menos de sobrevenir un contratiempo, dentro de dos meses, los cobres egipcios, valdrán mil francos.

LE GO. Y mil quinientos a fin de año.

GLOR. ¡Ojalá sea cierto!

LE GO. Por lo pronto, yo sigo comprando con todas mis fuerzas.

BRACH. ¡Mala táctica!

LE GO. ¡Caramba! ¡No le entiendo a usted! Hace un momento ha dicho que dentro de dos meses...

BRACH. Lo he dicho porque preveo el alza. Sin embargo, después de dos años de subir sin descanso, no es difícil que un pequeño retroceso...

GLOR. Sus palabras me tienen intranquilo señor Brachart! Considere usted que yo también he comprado bastante y que soy un pobre artista, un infeliz pintor.

BRACH. ¡No hay que alarmarse! Repito que subiremos aún. Debemos subir imprescindiblemente; pero trato de moderar los ímpetus de Le Govain.

MARQ. No olvides que a las doce y treinta sale el expreso.

BRACH. Falta aún media hora.

(Consultando el reloj.)

GLOR. ¿Cuándo regresa usted?

BRACH. Pasado mañana.

GLOR. ¿Viaje de negocios?

BRACH. También de negocios. Sin embargo el principal motivo que me lleva a Inglaterra, es asistir a la venta del Palacio Harlington.

GLOR. ¡Ah, ya! Encontrará usted allí hermosos Reynolds.

BRACH. Precisamente. ¡Hay un retrato de mujer!...

GLOR. Lo conozco. ¡Es una maravilla!

LE GO. Señores; con permiso de ustedes me retiro. ¡Buen viaje, Reynolds!

(A Jaime.)

BRACH. Gracias, caro amigo. Hasta la vuelta.

GLOR. Voy con usted. Creo que nos aguardan en la misma casa.

(A Le Govain, después de despedirse de Brachart)

LE GO. Puede ser.

GLOR. Buenas noches, señora.

(Besando la mano a la Marquesa.)

MARQ. Hasta el sábado, Glorieux.

MAX. ¿Me lleváis con vosotros?

LE GO. No.

MAX. ¡Me gusta el cumplido!

GLOR. Buenas noches.

ESCENA XI

Los mismos menos LE GOVAIN y GLORIEUX, después HONORATO

BRACH. ¿Dónde querías ir?

(A Max.)

MAX. A casa de Maxim.

BRACH. ¿A casa de Maxim? No han dado aún las doce.

MAX. No importa, voy a recoger el correo.

BRACH. ¡Ah! Recibes la correspondencia allí?...

¡Bravo! Eres un joven bien ordenado.

MAX. Hago los posibles por serlo. Que descanses mamá.

MARQ. Y tu también hijo mío. Acuéstate pronto.

MAX. Apenas salga el sol. ¡Buen viaje, cuñado! No te olvides de saludar a mis amigos de Londres.

BRACH. Descuida.

(Aparece Honorato.)

MAX. Buenas noches, papá.

ESCENA XXII

MARQUESA, BRACHART, HONORATO y después ANA MARÍA

HONO. ¿Se marcha otra vez?

MARQ. Como de costumbre. Sería desmentir su origen.

BRACH. Hay que confesar que el muchacho se divierte todo lo que puede.

MARQ. Me parece querido Jaime, que vas a tener un viaje bastante malo. He leído que el mar está agitadísimo.

BRACH. Lo prefiero.

HONO. ¿Te encerrarás en el camarote?

BRACH. Al contrario. Me gusta pasear por la cubierta.

HONO. ¡No te fíes! El mes de Febrero es terrible!

MARQ. Hace un frío glacial.

BRACH. Tomaré mis precauciones.

HONO. Si tú me permites, puedo indicarte un medio de defensa contra las inclemencias del tiempo.

BRACH. Diga usted.

HONO. Este medio tiene la desventaja de que no cuesta mucho y otra desventaja más grande aún: la de ser una antigua costumbre francesa. Pero me he servido de él tantas ve-

ces, que puedo demostrarte su eficacia. Es muy sencillo... Sobre el pecho... Aquí...

BRACH. Sí.

HONO. Encima de la camisa, es decir, entre la camisa y el chaleco...

BRACH. Sí, sí.

HONO. Colocas un periódico en cuatro dobleces.

BRACH. Sí.

HONO. Y ya está.

BRACH. ¡Un periódico! Verdaderamente es un sistema...

HONO. ¡Infalible! Ensáyalo.

MARQ. Honorato, deja a Jaime en paz; no seas ridículo. El tiene su abrigo de pieles. su manta de viaje...

HONO. Amiga mía, me parece que puedo aconsejar a mi yerno...

MARQ. ¿Por qué no le recomiendas también el periódico de tu predilección? ¡Eres tiránico!

(Aparece Ana María.)

ANA. Me voy a casa.

MARQ. Hijos míos, nosotros os dejamos para que podáis despediros a vuestro gusto... No te olvides de telegrafiar a tu llegada, de lo contrario estaría intranquila.

(A Brachart, al despedirse.)

BRACH Se lo prometo a usted.

HONO. Yerno mío, feliz viaje y pronto regreso.

BRACH. Muchas gracias. Hasta pasado mañana.

(Tropezando con los muebles al dejar paso a sus suegros.)

¡Perdón! ¡Perdonen ustedes!

(Vanse la Marquesa y Honorato.)

ESCENA XIII

ANA MARÍA y BRACHART

ANA. No quiero detenerle más. Tenga usted buen viaje.

BRACH. Si usted me lo permite, la acompañaré a casa.

ANA. ¿Para qué? Va a perder el tren por mi culpa.

BRACH. Hay tiempo aún. Las calles están desiertas. En pocos minutos...

ANA. No, no se moleste. He encargado ya un auto. Necesito tomar un poco el aire; me duele la cabeza.

BRACH. ¡Pobrecita! ¿Por qué no se sienta y descansa unos momentos?

(Ana María se sienta. Brachart también.)

¡Qué lástima que un paseo por Hyde Park no la haya tentado! ¡Me disgusta tanto pasear solo!

ANA. ¡Tengo miedo al agua! Además, los viajes me fatigan de tal manera...

BRACH. Así es mejor que se quede usted en París. Estoy seguro que la venta del palacio Harlington la hubiera interesado en extremo. Una apasionada como usted, de la escuela inglesa... Prometo hacer todo lo posible por traerle el Reynolds.

ANA. He leído en el "New York Herald" que iba usted a Londres con el fin de saludar al rey de los caminos de hierro.

BRACH. En efecto. Stanton Forbes está en vísperas de regresar a Norte-América y necesito conferenciar con él antes de su partida.

ANA. ¿Ese millonario, no es el que quería asociarse a usted, para levantar en Egipto una especie de...?

BRACH. Sí; una villa de salud; un verdadero paraíso de placer y de reposo al mismo tiempo, en los confines del Sahara. Una especie de Niza egipcia. Contaría dicha villa con un inmenso sanatorio, espléndidos hoteles, teatro, casino, acueductos... y explotaríamos, además, para abastecerla, una extensa línea férrea. ¡Oh! Es un proyecto colosal, tentador. Tengo la seguridad de que mañana Stanton Forbes y yo dejaremos sentados los preliminares... ¡Pero quizá la estoy molestando!

ANA. No.

BRACH. Como ha manifestado usted siempre aversión a los negocios...

ANA. Aversión, ninguna. Precisamente esta vez ha llegado usted a interesarme. Solamente que dentro de un rato empezará usted a hablar de emisiones de papel, de dinero, y cuando se trata de dinero, yo siento una repulsión instintiva tan grande, que... El dinero me parece excesivamente ridículo; algo así como una divinidad grotesca.

BRACH. Ana María: ¿quiere usted que abandone para siempre los negocios? ¿que renuncie a la Bolsa, a los Cobres egipcios, a...?

ANA. ¡Qué idea!

BRACH. Estoy pronto a ello.

ANA. ¡Sería una locura!

BRACH. Le juro que por complacerla me hallo dispuesto al sacrificio.

ANA. ¡Sacrificarse usted por mí! Continúe con sus especulaciones, puesto que ha sido esa su ocupación constante. Bien veo que se está usted chanceando, y los minutos pasan y sigue doliéndome la cabeza.

(Va a marcharse. Brachart la detiene.)

BRACH. Ana-María... mi adorada Ana-María: siento en el momento de la partida una intranquilidad tal...

ANA. ¿Por una separación de dos días? ¡No sea usted ridículo!

BRACH. Es que yo la quiero a usted, Ana-María; la quiero con toda mi alma; y no de palabra, bien lo sabe usted... así...

(Se arrodilla a sus pies.)

ANA. ¡Basta, Jaime! ¡Esto es absurdo, intolerable!

ESCENA XIV

DICHOS y GRACIA

GRAC. ¡Magnífico cuadro!

(Entrando rápidamente.)

ANA. ¡Me gusta! Ya está usted castigado! No; no se mueva. Buen viaje y hasta el jueves. Buenas noches. Gracia.

(A Jaime, que se levanta.)

No, no se mueva.

(Vase Ana María.)

ESCENA ULTIMA

GRACIA y BRACHART

GRAC. ¡Qué significativa postura para una fotografía!

(Jaime se levanta)

¿No se ríe usted?

BRACH. ¿De qué me he de reír?

(Tratando de disimular.)

GRAC. ¡Pobre amigo mío!

BRACH. ¿Por qué me compadece?

GRAC. Lamento mucho lo que está pasando.

BRACH. ¡Lo que está pasando!

GRAC. La vida tiene sus contrariedades y amarguras. ¡Somos los dos bien desgraciados! ¡En fin!... Buenas noches, Jaime.

BRAC. ¡Gracia!

(Que ha tomado la mano que le tiende Gracia.)

GRAC. ¿Qué quiere usted?

BRACH. Sea usted franca. ¿Es que me engaña?

GRAC. ¿Ana María?

BRACH. Sí, Ana María. Me engaña, ¿no es cierto?

GRAC. No... ¡Tal pregunta! ¡A mí!

BRACH. ¿Por qué ocultarle la verdad al desdichado que sufre en silencio? Durante meses y meses van acumulándose en el cerebro ponzoñosas ideas, terribles pensamientos, presiento un algo que no se acierta a explicar; mas de pronto, una palabra... una mirada... la de usted, por ejemplo.

(Gracia protesta.)

Sí, si; estoy seguro. ¡Ana María me engaña! ¡Gracia, por caridad, hable usted pronto; tenga compasión de mí!

(De la exaltación ha pasado a las lágrimas y la súplica.)

GRA. ¡Me hace usted daño! ¡Yo no sé nada!

BRACH. ¡Usted lo sabe todo!

GRA. ¡Suélteme! Puedo asegurarle que no sé nada.

(Se desprende de Brachart. Pausa.)

¡Amigo mío! ¡Su estado me inspira lástima! ¡Está usted loco por ella!

BRACH. ¡Sí, loco! ¡Esta es la verdad! Y yo anhelo su amor, lo necesito; pero sólo para mi, todo entero. Con igual afán que he luchado para salir de la pobreza, para llegar a ser millonario, para obtener una elevada posición en el mundo... pues más, mucho más la quiero aún.

GRA. ¡Jaime, sea usted prudente! Ahora no se trata de combinar planes, para vencer a los grandes financieros, y alcanzar una fortuna. Se trata de conquistar el corazón de una mujer, que, aun que es duro decirlo, está muy lejos de quererle y ante la voluntad de

una mujer desdeñosa... los más invencibles se estrellan.

BRACH. No importa; esperaré.

GRA. ¿Qué esperará usted?

BRACH. Mi hora; y mi hora ha llegado siempre.

GRA. Buena suerte pues y... Adiós.

(Medio mutis, Brachart le cierra el paso.)

BRACH. ¡Oh, no, no!

GRA. ¿Qué quiere usted?

BRACH. Que no me tenga por un necio, porque no lo soy.

GRA. ¡No me explico!

BRACH. Le he descubierto a usted mis penas, mis anhelos, mis esperanzas; ha escuchado usted mis gritos ha visto llenarse de lágrimas mis ojos y ahora quiere usted marcharse! ¡No, imposible! ¡Ahora le toca a usted!

GRA. ¿A mi?

BRACH. Recuerde lo que le he preguntado antes.. ¡Contésteme!

GRA. Jaime déjeme en paz.

BRACH. ¡No trate de jugar con Brachart! Usted ya me conoce! Por ningún concepto le conviene exasperarme.

GRA. ¿Amenazas?

BRACH. ¿Por qué no? ¡Y después los hechos! ¡Y después... todo.

GRA. ¡Es gracioso, muy gracioso!

BRACH. ¡A qué viene esa comedia, cuando estás deseando hablar! ¡Habla de una vez!

GRA. ¿Me toma acaso por una mujer perversa?

BRACH. No; por lo que eres: por una mujer astuta... ¿Qué interés es el que te guía? No acierto a explicármelo. Habla. Decídete pronto.

GRA. Jaime, recuerdo lo que en otro tiempo fuiste para mi; un amigo discreto, leal...

BRACH. Habla.

(Mostrando gran impaciencia.)

GRA. Solo un agradecimiento sin límites, me mue-

ve a dar este paso. Sé lo que sufres, lo que padeces y voy a intentar algo en tu favor. ¿Partes ésta noche para Londres?

BRACH. Dentro de diez minutos.

(Consultando el reloj.)

GRA. ¿Es imprescincible este viaje?

BRACH. Imprescindible.

GRA. Entonces....

BRACH. No vaciles; ¡habla ya, maldita!

GRA. Pues bien, yo te aconsejo que no partas. Finge partir, pero quédate.

BRAC. ¿Por qué?

GRA. No tengo la seguridad completa... pero si a la una de la mañana vuelves a tu casa y llamas a la puerta de la habitación de tu esposa podría ser...

BRACH. ¿Qué?

(Con energia feroz.)

GRA. No me preguntes más.

BRACH. Está bien.

(Dominándose. Pausa.)

GRA. ¿Renuncias a ese viaje?

BRACH. ¡Quién sabe!

GRA. ¿Partes entonces?

BRACH. No sé.

GRAC. ¿Qué decides?

(Gesto evasivo de Brachart.)

¡Ah! Comprendo. ¿Quieres ser reservado? ¡Muy bien! No insisto más. Perdona mi curiosidad y hasta la vista, Jaime.

(Llega a la puerta y se detiene.)

Sí, ¡pobre Brachart! sí; encoge tus pesados hombros; finge la más completa indiferencia; escóndete dentro de ti mismo, pero no desprecies esta noche el consejo de una mujer: ¡Quédate en París, Jaime Brachart! ¡Quédate!

TELON



ACTO SEGUNDO

Salón en casa de Brachart. Es de noche. Hay una lamparilla encendida. Un aplique eléctrico de la pared ilumina suavemente la escena. El balcon está entreabierto. Por él se ve el cielo y las casas de la Avenida.

ESCENA PRIMERA

CLOTILDE, enseguida LA MARQUESA y HONORATO

(Al levantarse el telón, Clotilde está acechando tras los visillos. Ruido de un coche. Clotilde desaparece por la derecha.)

HONO. Clotilde, somos nosotros. (Dentro.)

(Salen todos. La Marquesa y Honorato visten a la negligé debajo de gruesos abrigos. No llevan los postizos de costumbre.)

MARQ. ¿Y bien, Clotilde?

CLOT. ¡Ay, señora Marquesa! (Secándose los ojos.)

MARQ. Habla, hija mía, no perdamos el tiempo.

HONO. Sí, habla.

CLOT. Se lo contaré todo a los señores. La señora llegó a media noche.

HONO. ¡A media noche!

CLOT. Sí, señor Marqués.

HONO. Entonces ya está explicado: venía de nuestra casa.

MARQ. Te suplico, Honorato, que hagas el favor de no interrumpir.

HONO. Bien, bien.

MARQ. Sigue, hija mía.

CLOT. Yo esperaba a la señora, para ayudarla a desnudarse, pero ella me dijo: "retírate", "cuando te necesite ya te llamaré". Poco después oigo el timbre y apenas entro, exclama: "Clotilde, mi abrigo; voy a salir". "Señora. el chauffeur se ha marchado ya". "No importa, obedece". Fué tal mi asombro que no pude dominar una pregunta: "¿La señora va a salir a tales horas?" "Haz lo que te mando; tráeme el abrigo y acuéstate". Fuí por él, pero en lugar de acostarme, abrí el balcón y seguí a la señora con la vista. Entonces... ¡No quiero ocultar nada a la señora Marquesa!

MARQ. Nada.

HONO. Nada absolutamente.

CLOT. Había un automóvil frente a la casa vecina. La señora se acercó a él, abrió la portezuela y subió al carruaje, que a los pocos momentos desapareció en la obscuridad.

HONO. ¡Un automóvil! ¿De qué color era ese automóvil?

MARQ. ¡No la interrumpas! Sigue.

CLOT. Semejante salida a media noche me sorprendió de tal manera, que permanecí largo rato en el balcón reflexionando. De pronto por el lado opuesto, veo venir a un hombre, que me pareció el señor Brachart. No es posible, dije para mi; el señor Brachart, está en Londres. Sin embargo, cuando pasó por delante del farol de la esquina, le ví perfectamente: era él. ¡Calculen ustedes mi estupor! Corro a cerrar las puertas de las habitaciones de la señora, guardo las llaves en mi bolsillo y me acuesto, pero a los pocos momentos, un ruido espantoso me obli-

ga a saltar de la cama, miro por la barandilla de la escalera y veo que el señor ha derribado la puerta del cuarto de toilette. Luego ha entrado en el dormitorio de la señora, que naturalmente, halló vacío. Pálido, demudado, bajó después la escalera, abrió la puerta de la calle, y se fué.

(La Marquesa y Honorato reflexionan. Clotilde llora.

Como los señores habían salido en circunstancias tan especiales, me pareció prudente mandar un aviso a los señores Marqueses. Esto es todo.

(Después de una pausa.)

HONO. ¡Fantástica aventura! ¡Estoy desconcertado! Es evidente que había alguien en el automóvil y ese alguien era el aman...

MARQ. ¡Honorato!

HONO. ¿Qué?

MARQ. Que está aquí Clotilde.

(Dominándolo con la mirada.)

HONO. ¡Es verdad!

CLOT. La señora Marquesa puede contar con mi discreción.

MARQ. Gracias, hija mía. Retírate.

CLOT. ¿La señora Marquesa prefiere aguardar aquí?

MARQ. Sí.

CLOT. Entonces encenderé la luz.

(Da vuelta al interruptor y se enciende la lámpara central.)

¿Quieren tomar algo los señores? ¿Una taza de té?

MARQ. Nada.

CLOT. Buenas noches señora Marquesa. Buenas noches señor Marqués.

MARQ. Buenas noches.

ESCENA II

MARQUESA y HONORATO

MARQ. Puedes hablar.

(Después de una pausa.)

HONO. ¿Yo?

MARQ. Ahora que se fué la doncella, ahora que puedes decir mil inconveniencias; te callas?

HONO. ¡Amiga mía, estoy anonadado!

MARQ. ¿Qué conclusión sacas de todo esto?

HONO. ¿De todo esto?

MARQ. Sí.

HONO. ¿Qué conclusión?

MARQ. Sí.

HONO. Y tú, ¿qué conclusión sacas?

MARQ. Que nuestra hija tiene un amante.

HONO. Esa es también mi opinión.

MARQ. No podemos gozar un momento de tranquilidad; para salvar nuestra casa del descrédito y de la ruina, tuvimos que apelar a mil recursos y cuando ya creíamos...

HONO. Te aseguro que no me esperaba este golpe.

MARQ. ¿Pero y él? ¿Dónde habrá ido él?

HONO. ¿Nuestro yerno?

MARQ. Sí, nuestro yerno.

HONO. En busca de Ana María, seguramente.

MARQ. En su busca, claro.

(Pausa)

No hay duda que sospechaba y para vigilar mejor se ha valido de una estratagema...

HONO. ¿Una estratagema? ¿Supones que Jaime se ha quedado en París con intento de sorprender?...

MARQ. ¡Qué duda cabe!

HONO. Así todo se explica.

MARQ. No obstante yo creo que ese viaje no era fingido.

HONO. No lo era. Recibió telegramas muy apremiantes de Londres. Lo sé positivamente.

MARQ. Aquí hay un misterio.

(Larga pausa.)

¡Honorato! ¡Tengo miedo!

HONO. ¡Miedo, tú!

MARQ. Si Brachart provoca un escándalo, si pierde a Ana María. ¡Recuerda nuestra pasada situación!

HONO. Pero Brachart, no piensa en eso.

MARQ. ¡Qué sabes tú! ¿Y si exige el divorcio?

HONO. ¡Qué horror! No pronuncies la fatal palabra!

MARQ. ¡Sería espantoso! Ana María abandonada por ese marido de humildísima extracción; nosotros despertando la hilaridad de la gente de buen tono.

HONO. Esposa mía, ¡por Dios! no te desesperes. Jaime es un hombre razonable, bien educado.

MARQ. ¡Razonable! ¡Bien educado! ¿Acaso un hombre bien educado derriba una puerta a empujones?

HONO. ¿Qué puerta?

MARQ. La del toilette.

HONO. Es verdad; no me acordaba.

MARQ. ¿Lo hubieras hecho tú?

HONO. ¡Nunca!

MARQ. Tal acción nos demuestra claramente su origen. ¡Es el descargador de buques, que reaparece!

HONO. ¡No exageres! ¡Jaime ha demostrado siempre correctas maneras!.

MARQ. ¡Muy correctas! Y aun siendo verdad no quiere decir que las tenga. Posee el don del fingimiento, de la imitación.

HONO. Me consta además, que está perdidamente enamorado de Ana María, que le seduce nuestro título y la clase a que pertenecemos.

MARQ. De acuerdo, completamente de acuerdo. Pe-

ro... ¿y esa puerta?.., Si no existiera tal hecho no me preocuparía. Un hombre que a todas horas se muestra amable y solícito y que de pronto derriba una puerta... me dá miedo.

HONO. ¡Maldita puerta!

(La Marquesa se acerca al balcón. Pausa.)

MARQ. ¡Esa desgraciada no vuelve!... La esperaremos. ¿Quién habrá podido inducirla?... Pensar que a estas horas París entero conoce el nombre del amante y sin embargo nosotros lo ignoramos!

HONO. Siempre ocurre así.

MARQ. ¡Me molesta! ¡Te aseguro que me molesta!

HONO. ¿Quieres que te cite, uno por uno, los nombres de todos nuestros amigos? Quizas entre los dos podamos...

MARQ. No.

¿Dónde está la guía telefónica?

HONO. Allí.

(Levantándose y yendo a buscarla.)

MARQ. Busca el número de la Abadía.

HONO. ¿De qué Abadía?

MARQ. De la Abadía de Théleme... el restaurant.

HONO. ¡No comprendo! ¿Te figuras que Brachart, para aturdirse habrá ido a pasar la noche a la Abadía?

MARQ. Busca el número.

HONO. El 139-37.

(Después de buscarlo.)

MARQ. Pide comunicación.

HONO. ¡No acierto a explicarme!...

MARQ. Necesito hablar con nuestro hijo.

HONO. ¿Con Max?

MARQ. ¿Acaso tenemos otro? Llama. El debe saber algo.

(Honorato va al teléfono y llama.)

HONO. Nos hubiera advertido.

MARQ. Es un muchacho muy reservado. ¿No contestan?

(Suena el teléfono.)

¡Ahora!

HONO. ¡Hola! ¡Hola! El 139-37. La Abadía de Théleme.

(Pausa, durante la cual no suelta el auricular)

¡Hola! ¡Eh! ¡No hombre, no! ¡Que no soy Manón! ¡Tampoco soy Mimí! Necesito hablar con el conde d Andelin. D'Andelin. ¡Cómo no lo va usted a conocer! ¡Eh!... Sí, Max. Ruéguele que se acerque al aparato. ¿Qué? ¡Ah! Un momento. ¿De parte de quién?

(A la Marquesa.)

MARQ. De parte tuya.

HONO. ¿He de decirle al encargado?...

MAR. Es natural.

HONO. No me parece prudente.

MARQ. ¡Dáte prisa!

HONO. Bien.

(Hablando por teléfono.)

Pues... Se trata de.., Dígale al señor conde...

MARQ. ¡Oh!

(Impaciente.)

HONO. Que su padre es quien le llama... Su padre... El Marqués d Andelin. Sí, despache usted.

(A la Marquesa.)

¿Cuando Max acuda?...

MARQ. Le hablaré yo.

HONO. ¡No! No corte usted la comunicación. Con tal que el encargado tenga la precaución de decírselo al oído... De lo contrario todos los amigos de Max... ¡Hola, eres tú? ¿Cómo? ¿Cómo? ¡Qué farsa es esa! ¡Que falta de respeto! ¡Maximiliano, te prohibo terminantemente!...

(Furioso.)

MARQ. ¿Qué pasa?

HONO. ¡Eres un mal hijo! ¡Eres un!... Tú madre te habla.

(Dejando el aparato, que la Marquesa coge.)

MARQ. ¿Max? Sí, soy yo. Escucha. No hay ningún enfermo. Estamos en casa de tu hermana. ¡Me etniendes! Sí. Avenida Malakoff. Te ruego que vengas enseguida, pero enseguida. Imposible decírtelo por teléfono. Sí, es grave... muy grave. ¡Eso!

(Separándose del teléfono.)

¡Dice que va a tomar el auto de un amigo! ¡Excelente muchacho! ¡Qué corazón!

HONO. Yo no le tengo en tal concepto! ¡No cesa de llamarme Nonó!

(Paseándose por el salón muy molesto.)

MARQ. ¡Valiente tontería para pensar ahora en ella! Considera que quizás en éste mismo instante, Brachart seguido de un comisario, sorprende a tu hija...

HONO. Esposa de mi alma, ¿de dónde sacas tales ideas? Cierto que en el primer instante uno sueña en venganzas, en el suicidio, en la huída... Poco a poco la razón vuelve a ejercer sus derechos y acaba uno por resignarse. Jaime cerrará los ojos como otros hemos hecho en idéntico caso.

MARQ. ¡Qué dices!

HONO. ¡Nada! ¡Perdona! Una equivocación... en el concepto. ¡Se me escapó! Se me... Me parece que oigo un automóvil.

(Acercándose al balcón.)

¡Sí, es Max; nuestro querido Max! ¡Estoy contento! ¡Muy contento! ¡Contentísimo de que venga! Quizás por él averiguaremos...

(Vase y sale nuevamente, seguido de Max.)

Entra, hijo mío. Pasa, pasa.

ESCENA III

DICHOS Y MAX

MAX. Creo que no me hice esperar. He venido en un Renault.
MARQ. Escucha hijo mío. En dos palabras te pondré al corriente de la situación. Tu cuñado ha fingido que partía y se ha quedado en París.
MAX. ¡Bah!
MARQ. Tu hermana, creyendo a tu marido camino de Inglaterra, ha salido de su casa a altas horas de la noche.
MAX. ¡Eh!
MARQ. Jaime ha vuelto y como comprenderás no ha hallado a Ana María.
MAX. ¡Claro!
MARQ. Y se ha marchado nuevamente, después de golpear todas las puertas y derribar la del cuarto de toilette.
MAX. ¡Bueno!
HONO. ¿Comprendes?
MAX. Comprendo.¿ Y qué más?
MARQ. ¿No tienes bastante con lo que acabas de oir?
MAX. ¿Para ésto me habéis molestado?
MARQ. ¡Te parece poco!
MAX. ¡Bah!
MARQ. Entonces no digas que has comprendido.
MAX. He comprendido perfectamente. Decidme. ¿Qué hacéis aquí?
MARQ. ¿Cómo?
MAX. ¿Quién os ha llamado?
MARQ. Pues.,. Nosotros.,.
MAX. ¿Ha sido el dueño? ¿El señor Brachart?
MARQ. ¿No te dije que salió hecho una furia?
MAX. ¿Ana María, entonces?

MARQ. No, puesto que ignoramos dónde ha ido. Recibimos por teléfono un alarmante aviso de la doncella...

MAX. ¡Ah! ¡Muy bien! Estáis al servicio de la doncella? ¡Muy bien!

HONO. Ese tono, querido Max, es en extremo inconveniente. ¡Además tienes un olor a!...

MAX. He bebido, es cierto. pero veo claro; la prueba está en que al saltar del auto, distinguí en el ángulo de la puerta cochera a nuestro buen Brachart.

MARQ. ¿Qué? ¿Jaime está abajo?

MAX. Sí. Oculto, escondido, al acecho; como queráis.

MARQ. ¡Te ríes! No comprendes que se oculta, aguardando la llegada de tu hermana, para vengarse de lo ocurrido.

MAX. No, mamá, no. ¡Qué tontería! Jaime no hará eso. El sabe perfectamente que tales cuestiones se resuelven de otra manera. Yo no he visto, desde que tengo uso de razón que nadie convoque a sus padres, ni moleste a un pobre muchacho que cena tranquilamente, para hablar de tales pequeñeces. Nuestra presencia en ésta casa la juzgo una falta de dignidad. Así pues, lo más acertado, será que nos marchemos. Vámonos me dejáis en casa Maxim, y...

(Viendo a Brachart, que aparece por la derecha.)

ESCENA IV

DICHOS, BRACHART, después ANA MARÍA

MARQ. ¡Ah! ¡Jaime!

(Pausa larga. Situación embarazosa.)

¿No esperabas encontrarnos aquí?

BRACH. Sí. He visto su carruaje en la puerta. Mucho he dudado antes de subir. La presencia de ustedes, me molesta en extremo.

MAX. ¿Lo ves?

(A media voz a la Marquesa.)

BRACH. Ya comprenderán ustedes que en situación tan... difícil para todos.,. es mejor que cuando vuelva Ana María... pueda yo hablar con ella a solas. Ustedes me perdonarán, ¿no es cierto?

MAX. Lo que yo os dije.

MARQ. Querido Jaime, a mí me parece...

HONO. Amigo mío, nosotros... Nosotros...

MARQ. Nosotros aprobamos tu idea. Si nos creímos, autorizados para...

HONO. Hasta cierto punto.

MARQ. Ha sido por estar ausente los dos. Créeme que ignorábamos...

MAX. Bueno, basta.

(A media voz.)

MARQ. Mi querido Jaime.

(Con el tono de las grandes ceremonias.)

(Aparece Ana María. Viene pálida y vaciia al andar. Lleva los vestidos en desorden y envuelve su mano derecha un pañuelo manchado de sangre. La Marquesa, al verla, cambia de tono.)

¡Ah! ¡Aquí llega nuestra hija!

(Pausa. La Marquesa mira recelosamente a Jaime. que finge indiferencia.)

Ya estáis los dos frente a frente. Nosotros nos retiramos bastante tranquilos. ¿Verdad que podemos irnos con la seguridad?... Hija mía, has cometido una imprudencia... una regular imprudencia... y espero que con el tiempo...

MAX. ¡Vámonos de una vez!

MARQ. Sí, vámonos. ¡Buenas noches Jaime! Adiós, Ana María!

HONO. ¡Buenas noches. hijos míos!

MAX. Buenas noches.

(Empujando a sus padres; al llegar a la puerta. lanza una exclamación.)

¡Uff!

ESCENA V

BRACHART y ANA MARÍA

BRACH. Buenas noches, Ana María.

(Dominándose.)

ANA. ¡Ah! ¿Es usted? ¿Se quedó en París?
BRACH. Sí... y usted ¿ha salido?
ANA. Sí.

(Pausa. Ana María intenta marcharse.)

Buenas noches.
BRACH. Un momento, Ana María. ¿De dónde viene usted?
ANA. ¡Qué curioso!
BRACH. Sus vestidos desordenados...
ANA. No es nada.
BRACH. ¡Su mano ensangrentada!... ¿Está usted herida? ¡Qué es esto!
ANA. Déjeme usted, se lo suplico. Déjeme usted.

(Pugnando por irse. Muy nerviosa.)

BRACH. Vuelvo a preguntarle de ¿dónde viene usted a tales horas?
ANA. ¿A usted qué le importa?
BRACH. ¡Oh! ¡Sí!
ANA. ¿Ha olvidado usted, nuestro convenio?
BRACH. No existe ningún convenio entre los dos.
ANA. Es cierto. Como nada hemos firmado...
BRACH. Ana María, no sea usted cruel. Ignoro a lo que usted hace referencia.

(Dulcemente.)

Poco tiempo después de nuestro casamiento, ví claramente que mi presencia la molestaba. Lo ví, con todo el dolor de mi alma, porque yo la amo, Ana María, la amo con amor sin límites y no dudo que ha de llegar el día en que usted, me ame también..
ANA. ¡¡Oh!!

BRACH. Usted no me puede impedir que yo abrigue esa esperanza. Cierto que yo la ofrecí a usted, una especie de separación... separación de cuerpos...

ANA. ¿Y bien?

BRACH. Pero no se ha hablado nunca de romper nuestra unión, de abandonar nuestro hogar. Los deberes recíprocos, subsisten.

ANA. ¿Qué expresiones son esas?

BRACH. Son las de un marido que...

ANA. ¡Basta! Supongo que no pretenderá usted que el lazo que nos une, sea igual al de los demás. ¿Acaso nosotros formamos un hogar? ¿Acaso formamos una familia? Y en cuanto a mis deberes... he cumplido fielmente con ellos, sabiendo que consisten en habitar su casa, en presentarme a las gentes al lado de usted, en ser últil por mi nombre y por mi título, a sus ambiciones. ¡A nada de ésto me negué el día que consentí en venderme!

BRACH. ¡Ana María! ¿Qué está usted diciendo? ¡Es la primera vez que!...

ANA. ¡Tanto mejor! Así recordaremos lo repulsivo de ese convenio, puesto que finge usted ignorar que existe. Ese día quise, antes de aceptar el nombre de esposa, tener una explicación con usted. Pronto adivinó que íbamos a hablar de cosas serias y que yo no trataba de burlarme. Recuerde mis palabras: "Señor Brachart, yo no le amo, yo no puedo amarle; yo no le amaré nunca". Es muy violento para mí tener que repetírselo, pero usted lo ha querido. Con tales palabras se iniciaron nuestros esponsales. Usted se presentó, frío, indiferente, resuelto. Supo ocultar perfectamente sus intenciones. Mas una vez casados me ha demostrado, una pasión ridícula y extravagante. Sé que está usted en su perfecto dere-

cho. La inocente fuí yo, que no vacilé en creerle. Comprenda, pues, mi situación, mi martirio. ¡Déjeme tranquila! No me moleste más, haciéndome la corte tenazmente, inoportunamente, con exageración tal, que raya en tontería. ¡No puedo resistirlo! ¡Perdone mi rudeza! Tan obstinado asedio es para mi un verdadero suplicio. Déjeme la libertad que ambiciono, la libertad de que gozan las mujeres que se encuentran en mi caso, y obtendrá usted mi eterno reconocimiento! ¡Buenas noches!

BRACH. Ana María. Se lo pido por caridad, dígame usted de ¿dónde viene?

(Con temblorosa voz.)

ANA.. Es inútil que me lo pregunte usted.

BRACH. Ana María, quiero que me conteste. ¡Lo exijo!

(Pausa.)

¡Respóndame pronto!

(Otra pausa. De pronto exclama con brutalidad.)

¡Pues bien! Yo la obligaré a ello, aunque sea a la fuerza. Soy aquí el amo.

ANA. ¿Qué dice?

(Con indignación.)

BRACH. ¿Tiembla usted?

ANA. ¿Y se atreve? ¿Qué cambio es éste? ¡El millonario me amenaza! ¿Y cómo me obligará usted? ¿Y por qué es usted el amo? ¿Por qué tiene el dinero? Pues bien ¡qué me importa a mi su dinero! Mañana mismo, ahora mismo, vuelvo a mi casa; ¿lo entiende usted? Yo desprecio ese dinero. ¡Lo desprecio! ¡Lo desprecio!

BRACH. Y sin embargo, se ha casado usted conmigo.

ANA. ¡Me he casado con usted!...

(Fuera de sí.)

¡Es cierto! ¡Me he casado con usted!

(Dominándose.)

BRACH. Así me gusta. ¡Iba usted a atreverse a negarlo! Se ha casado usted conmigo; soy su marido y como acaban de dar las tres de la mañana y hasta hace poco, no ha vuelto usted, a su casa, necesito saber de dónde viene a tales horas. ¡Lo necesito!

ANA. ¡Cállese de una vez! Le prohibo que siga hablándome en ese tono. No ha visto mi desesperación? ¿No advierte usted en qué estado me hallo?

BRACH. ¡Responda a mi pregunta!

ANA. Yo accedí a casarme con usted, porque mi madre me lo pidió de rodillas y aunque yo rehusaba indignada, al ver a esa pobre mujer en traje de soirée, a mis pies, suplicándome con lágrimas en los ojos, llorando como una chiquilla, acabé por acceder a sus deseos. ¡Quién se resiste a las súplicas de una madre a la que quise siempre hasta la adoración y que por el despreciable dinero se postra como una penitente a mis plantas!

BRACH. ¿De dónde viene usted, vuelvo a preguntarle.

ANA. ¡Otra vez!

(**Nerviosísima. Fuera de sí, exclama.**)

Necesito descanso. Hasta mañana.

BRACH. Muy criminal debe ser su conducta, cuando se ocultó usted, para salir de aquí.

(**Deteniéndola.**)

ANA. No es cierto. He salido a vista de los criados. Puede usted preguntarlo.

BRACH. Se aprovecha usted de mi viaje a Londres.

ANA. ¡Exacto; así no había quien pudiera detenerme!

(**Pausa.**)

BRACH. Ana María, usted tiene un amante.

ANA. ¡Bah!

BRACH. ¡Me consta!

ANA. Si le consta a usted...

BRACH. Dígame si es cierto.

ANA. Averigüelo.

BRACH. ¿Por qué me desafía usted?

ANA. ¡Por que me da usted asco!

BRACH. Los insultos nada prueban. Está usted fingiendo una presencia de ánimo que no tiene. Atrévase usted a decirme la verdad, cara a cara.

ANA. ¡Cara a cara! ¡Acaso mira usted alguna vez a la cara!

BRACH. Sí, sí; ultrajes, desprecios, todo, menos hablarme de la traición que ha cometido, de su infamia. ¿Negará usted ahora que me teme?

ANA. Es cierto: le temo.

BRACH. Pero no mi cólera, ni mi dolor. Lo que usted teme es que su madre pierda el yerno codiciado, ese yerno que tanto le costó encontrar.

ANA. ¡Basta! ¡Basta! ¿Si hablo saldrá usted de mi presencia? ¿Me dejará usted tranquila?

BRACH. ¡Se lo juro!

ANA. No fío en sus juramentos.

BRACH. Valen tanto como los de usted. ¿Quiere un compromiso firmado?

ANA. ¿Suprimirá usted los furores, las lágrimas, los arrebatos?

BRACH. ¡Todo! ¡Todo!

ANA. Pues bien, para no oír más esa voz de lacayo insolente. ¡Sí! ¡Tengo un amante!

BRACH. ¡¡Ah!!

(Ciego de cólera va a echarse sobre Ana María, pero la actitud desesperada de ella le contiene.)

ANA. Tengo un amante y me he entregado a él, con toda la efusión de mi alma, porque sentía afán de renacer, de vivir, ya que desde que me casé me considero, no una mujer, sido un objeto despreciable adquirido por el mejor postor. ¡Sin embargo, la desgracia pesa sobre mí! ¡Me he librado de

de quien me repugnaba, para entregarme a un hombre más repugnante aún! Pronto comprendí mi error, puesto que esta noche... Esta noche me ha llevado por sorpresa a una cena, en un salón de un restaurant de gente alegre... ¡Qué infamia! Yo no suponía... Cómo me iba a imaginar... De pronto me encontré rodeada de hombres y mujeres... todos conocidos nuestros... pero entre ellos había otras mujeres... repugnantes.

BRACH. ¡Conocidos nuestros! ¿Quién?

ANA. ¡Calma! ¡Calma! Sobre todo no me interrogue usted. Como loca huí de la orgía, luchando desesperadamente contra los que intentaban detenerme. Llego a mi casa jadeante, rendida, temblorosa, y para colmo de mis desdichas tropiezo con el señor Brachart, a quien creía en Londres. ¡Oh! Mis nervios son invencibles, cuando han tenido fuerzas para soportar tales golpes. Ahora, amigo mío, mi único afán es olvidar, morir. ¡Sí, morir!

BRACH. ¿El nombre de su amante?

ANA. ¡Ah. no! ¡Eso no!

BRACH. Ya le conozco. Es Hugo de Wardens.

ANA. Tal vez.

BRACH. No; no es Hugo de Wardens. ¡Qué imbécil soy! La Beaume. Jaime de la Beaume, que la hizo a usted la corte durante mucho tiempo.

ANA. Jaime de la Beaume.

(Asintiendo.)

BRACH. No.

ANA. ¡Creí que no había de importunarme con más preguntas!

BRACH. ¡Ah! ¡Ya sé! ¡Ya sé! Es inútil que usted le nombre. ¡Le tengo! ¡Le tengo! ¡Debí sospecharlo! Muy bien; a primera hora del

día recibirá la visita de dos amigos y mañano le mato como a un perro.

ANA. Va usted a hacerme reír sin ganas...

BRACH. Repito que mañana...

ANA. ¡Matarle a él!... ¡A él!

(Riendo. Brachart ha logrado con su astucia lo que se proponía y exclama, con mezcla de alegría y furor.)

BRACH. Sí, ríe, ríe con todas tus fuerzas. Esa risa acaba de revelarme su nombre. ¡He comprendido! ¡Si tu amante y yo nos batimos, como es un espadachín invencible, me matará! Ya no te ríes, ¡te has puetso seria! Claro. Acabas de denunciar a tu cómplice, a tu Jerónimo Govain.

ANA. ¡Falso!

BRACH. ¿Te molestas en negarlo? Acabas de denunciarle por segunda vez.

ANA. Si usted se empeña en que sea él...

BRACH. ¡Infeliz! Seres más fuertes y más hábiles que tú, intentaron vencerme y se han estrellado contra mi voluntad de hierro. Eso es lo que acaba de ocurrirte; te he envuelto en una malla sutil, y sin advertir el peligro caíste en el lazo.

ANA. ¡Oh, infame!

BRACH. Sea. Pero he logrado lo que me proponía. ¡Al fin! ¡Ahora soy yo quien necesita calma! Puede usted retirarse.

ANA. Gracias.

(Va a marcharse por la derecha. Jaime la detiene.)

BRACH. No, allí; en mi alcoba.

(Señalando la izquierda.)

ANA. ¿Qué se propone usted?

BRACH. Evitar que una corriente de aire pueda dañarla. He derribado la puerta de su cuarto toilette.

ANA. ¡No me explico...!

BRACH. Esté usted tranquila. Necesito algunas horas para recobrar mi aplomo y mi sangre

fría; para tomar una resolución. Pero es el caso... ¡Qué idea! Usted podría muy bien avisar...

ANA. Tome usted sus precauciones.

BRACH. Sí, voy à tomarlas, dejándola a usted bajo llave.

ANA. ¡Oh!

(Indignada.)

BRRAC. Le suplico que me perdone. Cuestión de pocas horas. ¡Necesito tener la seguridad de que no saldrá usted de aquí!

ANA. ¡Es usted de una ridiculez asombrosa! ¡Pobre hombre! ¡Representa un drama y llega al desenlace sin dejarme tomar parte en él! Yo he visto siempre que cuando un marido ama verdaderamente a su mujer y ésta le engaña, o la mata o la arroja de su lado. ¿Quiere usted hacerme el obsequio de dejarme partir? ¿No, verdad? ¡Claro! Una hora después, usted y los míos saldrían en mi busca. ¡Ha ocurrido ya esta noche! Entonces el perdón... y luego resignarse con su suerte. Jaime, déjeme usted en paz. Condúzcase como un caballero. Déjeme salir.

(Pausa. Jaime la mira fijamente.)

BRACH. No.

ANA. Por última vez: ¿qué es lo que desea?

BRACH. Que entre usted allí.

ANA. ¿Y si me niego?

BRACH. Me es igual.

ANA. He comprendido. Abra usted esa puerta.

(Brachart obedece. Ana María entra. Él cierra con llave que guarda en su bolsillo. Un suspiro escapa de su pecho. Piensa, sufre por el golpe fatal que le anonada. De pronto se levanta, mira a su alrededor, se acerca al teléfono coge el tapete de encima la mesa, duda; por fin se envuelve con él para apagar el sonido de la voz y dice después de haber llamado.)

BRACH. ¡Hola! ¡Hola! Con el número 517-19. ¡Hola! Vuelva usted o llamar. Insista usted; se lo ruego; insista. ¡Hola! Es usted,

Flach! ¡No pronuncie ningún nombre! Soy yo, su principal. No he partido, ni partiré. Le llamo para decirle que necesito hablar con usted mañana. Urgente. Muy urgente. Todo el mundo debe ignorar mi presencia en París. Todo el mundo. Vaya usted a las once al Hotel Ritz, plaza de Vendome. Allí me encontrará usted. No, antes no; sería inútil. Pregunte por mi habitación. Bien: a las once y media y ni una palabra a nadie. Adiós.

(Deja el auricular. Pausa. Saca la llave del bolsillo y abre la puerta del cuarto donde está Ana Ana María. Su cara y su voz han cambiado.)

BRACH. Ana María, le pido perdón por todo lo ocurrido. Salga usted.

ANA. ¿Qué quiere?

(Apareciendo.)

BRACH. Yo estaba loco... me he dejado llevar de mi carácter.

ANA. Era de esperar.

BRACH. Este secuestro es ridículo e inútil.

(Pausa)

Ana María: a pesar de su comportamiento conmigo, a pesar de su falta, yo estaré tranquilo si me da usted, no su palabra... una pequeña seguridad...

ANA. ¡Muy hábil es usted!

BRACH. Una simple promesa de que hasta mi regreso no hablará con nadie de lo ocurrido.

ANA. Tengo la resolución hecha de no dirigir nunca más la palabra a Jerónimo Le Govain.

BRACH. Eso me basta.

ANA. Buenos días.

(Va a marcharse.)

BRACH. Ana María, es conveniente que esta historia no se trasluzca. Yo salgo para Londres.

ANA. Bien; todos le creen fuera.

BRACH. De los criados, yo me encargo. Sus padres... callarán, porque les conviene; quiero

decir que su situación les impedirá hablar. ¿No opina usted así?

ANA. Así mismo.

BRACH. Su hermano me parece lo suficiente discreto.

ANA. Muy discreto.

BRACH. No hay duda que unos y otros telefonearán preguntando...

ANA. ¡No hay duda!

BRACH. Si es necesario, dígales...

ANA. Sé lo que he de decir. ¿Hemos terminado?

BRACH. Son las cuatro. A las siete hay un tren que tomaré. Veo a mi hombre. y... ¿no hay más que hablar, verdad?

ANA. No hay más que hablar.

BRACH. Buenos días, Ana María.

ANA. ¡Buenos días!

(Vase ella a su alcoba. Brachart queda solo en escena y reflexiona, reflexiona.)

TELON



ACTO TERCERO

Gran salón particular en el Hotel Ritz. A la izquierda, un balcón que da sobre la Plaza Vendóme. Puerta que conduce a un vestíbulo. Otra puerta que abre paso a la cámara vecina. Estas puertas son dobles, acolchadas por dentro para que no salga la voz.

ESCENA I

BRACHART, GRACIA y JUAN

(Al levantarse el telón, Brachart está solo. Juan abre la puerta y aparece Gracia.)

GRAC. Buenos días, Brachart.

(Amablemente.)

BRACH. Buenos días, amiga mía. Pase usted.

(Vase Juan.)

GRAC. ¿Qué ocurre? Yo dormía tranquilamente, cuando el teléfono me despertó. Me vestí en un momento y aquí me tiene usted. ¿Qué hace en este hotel?

(Brachart no contesta. Se asegura de que las puertas están bien cerradas y entonces dice, a media voz.)

BRACH. Estoy aquí, porque era necesario que estuviese en alguna parte. Encontré este departamento y lo he tomado. Es el que generalmente se destina a los soberanos cuando vienen de incógnito a París. A usted le

debo el ocupar por unas horas las habitaciones de tan ilustres personajes.

GRAC. ¿Y a qué obedece?

BRACH. Es muy sencillo. Anoche, cuando me disponía a marchar a Londres, la más terrible de las sospechas cruzó por mi mente. Usted fué testigo de mi agitación. Usted me dió un consejo amistoso que seguí, y en vez de tomar el tren dirigime, a la una de la mañana, a mi casa de la Avenida Malakoff. Llamo, entro, registro el hotel de arriba abajo, sin encontrar nada sospechoso. Ana María dormía tranquilamente en su cama. Entonces mi turbación fué grande. Pretexté haber olvidado unos documentos y dije que para ganar el tiempo perdido iría en automóvil hasta Calais, y salí, corriendo, a refugiarme en el hotel Ritz con mi ayuda de cámara.

(Consultando el reloj.)

Son las diez y media; tengo que permanecer aquí todavía algunas horas. Sea usted bien venida.

GRAC. ¿Pero es cierto lo que me cuenta? ¿Ha vuelto usted a su casa?

BRACH. Sí; a la una.

GRAC. ¿Y ha encontrado a su esposa en el lecho?

BRACH. Sí.

GRAC. ¿Habló usted con ella?

BRACH. Durante un cuarto de hora.

GRAC. ¡Ah!

(Mirando a Brachart con asombro.)

BRACH. ¿Le extraña a usted?

GRAC. Al contrario, me causa una gran satisfacción. Confieso que me he equivocado, y me alegro.

BRACH. No; no se ha equivocado. No mintamos los dos. Ahora ya sé lo que quería saber, Usted estuvo también en la cena,

GRAC. ¿Qué cena?

BRACH. No tiene ya necesidad de fingir. Lo sé todo.

GRAC. Pero...

BRACH. Le aseguro que lo sé todo. El amante de mi esposa es Gerónimo Le Govain.

GRAC. ¡Le Govain!

(Fingiendo gran sorpresa.)

BRACH. ¿Sospecha usted que sea un ardid para obligarla a hablar? No. Ana María tuvo el valor de confesarlo.

GRAC. Entonces, ¿qué desea usted de mí?

BRACH. Ella ha vuelto con las ropas en desorden y una herida en la mano derecha. Venía de no sé qué orgía, celebrada en un reservado de un restaurant. Sé que han asistido a ella varios amigos nuestros y algunas mujeres de mala vida, pero no pude obtener más detalles. Necesito esos detalles que me faltan. Hable usted pronto y nada me oculte; de lo contrario, perderá usted mi amistad.

GRAC. ¿Por qué quiere usted saberlo? ¿Para sufrir horriblemente?

BRACH. Sí; para sufrir.

(Pausa)

Gracia, amiga mía, sepamos ¿qué restaurant era ése?

GRAC. El del Café de París.

BRACH. ¿Quiénes asistieron a la cena?

GRAC. Estanislao y Enriqueta Ruches; una pareja que van siempre juntos y que lo admiten todo, enteramente todo.

BRACH. ¿Quién más?

GRAC. Glorieux, el sempiterno Glorieux.

BRACH. ¡Hum! ¿y despues?

GRAC. Después, Juana de Maniolles, Roberto de Ware y... nadie más. ¡Ah! sí, dos muchachas. Cristiana Roy, una morena muy hermosa, y Lulú James, una inglesita muy simpática que debuta en el Olimpia el mes próximo.

BRACH. Y... ¿Ana María?

GRAC. Ana María, acompañada de Jerónimo, llegó la última. Su entrada causó gran sensación.

BRACH. ¿No la esperaban ustedes?

GRAC. Yo sí la esperaba. Le Govain nos había prometido una sorpresa. Los demás estaban intrigados. Yo sola sospeché la verdad.

BRACH. ¿Y cómo se portaron uno y otro?

GRAC. Al principio, Jerónimo, se mostró ceremonioso. La fiesta empezó con toda seriedad. Unicamente los Ruches hablaban y bebían, hasta que acabaron por soltar la mar de inconveniencias. Glorieux, les imitó. A cada copa de champagne la animación crecía y las palabras mal sonantes aumentaban. Roberto de Ware, se ocultó detrás de un biombo, para besar a Juana de Maniolles, al propio tiempo que Glorieux se permitía coger por el talle a Enriqueta Ruches y Cristiana Roy, abrazaba amorosamente a Lulú.

BRACH. ¿Y Le Govain?

GRAC. Acabó también por contagiarse y juraría que sus labios rozaron la nuca de Ana María.

BRACH. ¡Qué naturalmente le correspondió con igual ternura.

(Con sonrisa forzada.)

GRAC. No. Permaneció impasible, absorta...

BRACH. ¡Ah! Siga usted, siga.

GRAC. No recuerdo punto por punto lo ocurrido. Oí que al hablar de belleza, Ware aseguraba que Cristiana era una perfección. Quisimos convencernos y ella a ruegos de todos se quitó el vestido; pero Glorieux en nombre del arte, exigio verla completamente desnuda. Al principio se resistía, pero acabó por consentir a condición de que la

imitase Lulú. Negóse ésta en absoluto, y al querer obligarla, se produjo un escándalo fenomenal. Alguien apagó la luz, trabándose entonces una lucha en las tinieblas. Ana María, cae al suelo empujada por los que corren como locos; al levantarse se apoya en mi brazo e intenta ganar la puerta, pero Ruches, que al encender un fósforo, adivina su intención, trata de impedírselo, estrechándola entre sus brazos. Coge Ana María una copa para estrellársela en la cara, mas la oprime tan nerviosamente, que el cristal se rompe, hiriéndola en la mano. Ruches se asusta y la deja escapar. Al ruido de la puerta, Jerónimo se precipita tras ella, pero al cabo de un momento, aparece con el semblante compunjido: creo que Ana María le amenazó con un escandalo y tuvo que dejarla partir. Eso le contraría sobremanera, pero como Glorieux, en medio de su desenfreno, pronuncia un brindis a la salud de los ausentes, Jerónimo recobrando de pronto su buen humor, bebe a la de los maridos desgraciados, refiriéndose a usted, sin duda.

BRACH. ¿Eso es todo?

GRAC. El resto no le interesaría a usted.

(Pausa. Brachart medita.)

¿No es cierto que Jerónimo se portó muy mal?

BRACH. ¿Ama usted a Le Govain?

GRAC. Con toda mi alma.

BRACH. ¡Creía que esas relaciones habían terminodo!

GRAC. Sin embargo, le amaré siempre.

BRACH. ¿Qué ambiciona usted?

GRAC. Que se case conmigo.

BRACH. ¡Ah!

GRAC. ¡Hace tanto tiempo que abrigo tal deseo! Nuestro matrimonio estaba ya concertado

y debía efectuarse muy pronto. ¡Por desgracia Jerónimo le conoció a usted! Usted empezó a protegerle, le prestó dinero, le dió acertados consejos, pudo especular y pronto alcanzó una posición brillante. Un día recibí una carta suya, en que me anunciaba la ruptura de nuestras relaciones. Perdí junto con el prometido, una suma considerable de francos, puesto que le había hecho préstamos importantes que no me ha pagado aún. No me extraña. Jerónimo tiene un carácter egoista, frío, calculador; y no obstante le amo, aunque sé perfectamente que él no me ha amado nunca, que consentía en casarse conmigo sólo por el interés. ¡Fuí siempre tan desgraciada! Mi marido, era un americano que odiaba a las mujeres y se pasaba los dias completamente ebrio. Y yo tuve amantes, muchos amantes, pero todos, uno tras otro, fueron abandonándome. A pesar de mi belleza, no pude conservar ni uno! ¡Qué vida tan terrible! ¡Estoy cansada de ella! Desde que Jerónimo se separó de mí, desde que anuló nuestro compromiso, he descendido más aún. ¡Necesito a todo trance que se case conmigo! ¡Pero qué tonta soy en contarle a usted esas cosas!

(Viendo que Brachart mira el reloj.)

BRACH. Pasemos a lo importante.
¿Qué puedo yo hacer por usted?

GRAC. Va usted a comprenderme enseguida, señor Brachart. Usted ha enriquecido a Le Govain, y sigue enriqueciéndole. El, en cambio le roba a usted la esposa.

(Secando sus lágrimas.)

BRACH. ¿A qué recordar?...

GRAC. Abreviemos. Usted necesita vengarse; yo necesito poseer a ese hombre. Le Govain, está a su merced. Lo que sus consejos hi-

cieron poco a poco, pueden deshacerlo de un golpe. Combine usted su plan con habilidad. El, aunque le odia, tiene absoluta confianza en usted. Envuélvalo en las redes de su astucia y dentro de algunos meses Jerónimo Le Govain, será más pobre que el día en que usted le conoció.

BRACH. Este plan me parece muy infantil.

GRAC. ¿Infantil?

BRACH. Generalmente nadie se deja engañar más de una vez. Además, Jerónimo es un especulador bastante hábil y no se conformará con ir perdiendo su dinero paulatinamente.

GRAC. ¿Va usted entonces a cruzarse de brazos? ¿Va usted a sufrir humillaciones como las de anoche?

BRACH. ¡Silencio!

(Se abre la puerta y aparece Juan.)

JUAN. El señor Flach, acaba de llegar.

BRACH. Que espere un momento.

(Vase Juan.)

Es mi apoderado y como la conoce, juzgo conveniente que salga por allí.

(Señalando otra puerta.)

GRAC. Bien. Saldré. Hasta la vista héroe de novela. Otra vez no me moleste por cosas tan insignificantes.

BRACH. Un momento. Yo estoy en Londres, ¿oye usted bien?, en Londres. Nadie debe saber lo que aquí hemos hablado.

(En tono de autoridad.)

GRAC. Pero...

BRACH. ¡Esta noche habrá novedades! ¡Pst!

(Indicándole silencio.)

GRAC. ¿Verdaderas novedades?

BRACH. Sí: ahora adiós.

(Besándole la mano.)

GRAC. Una palabra. El dinero, el dinero es lo úni-

co que tiene poder sobre ese hombre. Arruínelo usted, y es mío.

BRACH. Por aquí.

(Abriéndole la puerta.)

GRAC. Adiós, Jaime. Mi sola esperanza es usted.

(Vase Gracia. Brachart llama. Entra Flach.)

ESCENA II

BRACHART y FLACH

FLACH. Son las once y quince minutos. Llego con un cuarto de hora de anticipación. ¡No pude dominar mi impaciencia!

BRACH. Es igual.

FLACH. Anoche le dejé a usted en la estación del Norte, pronto a tomar el tren para Calais, y ésta mañana, me llama con gran misterio diciéndome que me aguarda en el hotel Ritz. ¿Qué ocurre ?

BRACH. Tranquilícese. Nunca tuve intención de ir a Londres.

FLACH. ¿Así pues la entrevista con Stanton Forbes?...

BRACH. Una excusa. Ese fingido viaje tiende a facilitar una jugada de bolsa; una jugada importantísima.

FLACH. ¿Cuál?

BRACH. Flach, debemos ir a la baja.

FLACH. ¡¡Eh!!

BRACH. Sí, a la baja. Pero una baja rápida, brutal. Es preciso que los cobres egipcios se coticen a seis cientos.

FLACH. ¡Qué! Una baja de doscientos cincuenta francos.

BRACH. Sí.

FLACH. Pero... ¿Habla usted seriamente?

BRACH. ¿Me ha visto usted alguna vez bromear?

FLACH. ¡Señor!

BRACH. No hay tiempo que perder. Fíjese bien en lo que voy a decirle. Desde las once de la mañana, dos casas inglesas venden los Cobres egipcios a cualquier precio, con orden de liquidar. Dentro de media hora la bolsa de Londres, nos acusará pues, una baja de ochenta a cien francos.

FLACH. ¡Cien francos!

BRACH. Así lo espero. Inmediatamente tres casas de esta plaza que están en el secreto, empezaran idéntica operación. He escogido para ello las de más confianza: Gotlieb, Fischer y Germot. Como no les fijé límites por creerlo así conveniente, seguirán bajando hasta que usted les haga una seña, que se apresurará usted a hacer apenas las acciones se coticen a seiscientos. Creo llegar a ese resultado en menos de tres horas. ¿Estamos de acuerdo?

FLACH. Sí.

(Sin entusiasmo)

BRACH. ¡Parece que se ha quedado absorto!

FLACH. El caso no es para menos, señor Brachart. Su proyecto me asusta, me desconcierta. Además siempre me ha demostrado usted mayor confianza. Nunca aguardó a última hora para anunciarme sus proyectos. ¡También es cierto que nunca tomó usted una resolución semejante!

(Pausa.)

BRACH. Flach, usted compró algunos títulos ¿verdad? ¿Cuántos? ¿Tres mil?

FLACH. Exactamente.

BRACH. ¡No me es infiel la memoria! Pues bien, los tres mil primeros vendidos ésta mañana en Londres, han sido los de usted.

FLACH. Muchas gracias señor; se lo agradezco. ¿Me permite una pregunta?

BRACH. Sí; pero abrevie usted, porque necesito completar mis instrucciones y como acabo

de oir cerrar una puerta, lo que significa que alguien me está esperando...

FLACH. ¿Puedo yo saber qué motivo le indujo a tomar de pronto tal determinación?

BRACH. ¿Y quién le dice a usted que no se trata de un plan combinado con anterioridad?

FLACH. No, porque usted pronosticó el alza y llevaba el propósito de persistir en ella.

BRACH. Para que nadie adivinara mis intenciones.

FLACH. Perfectamente. Pero su situación, los valores que usted posee...

BRACH. No vale la pena. A estas horas, yo, el promotor de la baja, apenas tengo en cartera veinticinco mil Cobres.

FLACH. Si es así...

BRACH. Vuelvo a repetírselo: no vale la pena. Se trata de una nueva especulación con la que espero redondear en poco tiempo mi fortuna. Me hacen falta cien mil títulos, pero como a ochocientos francos eran muy caros, por eso he resuelto la baja. Dentro de diez días, podré comprarlos a doscientos y al cabo de dos meses, esas cien mil acciones, me llevarán a poseer algunos millones más de capital. ¿Qué le parece?

FLACH. No hay duda que la empresa es tentadora... Pero ¿y las consecuencias?

BRACH. ¿Qué consecuencias?

FLACH. Recuerde que estamos en vísperas de liquidación.

BRACH. ¿Y qué?

FLACH. Que ese golpe arruinará a la mayor parte de los especuladores; la enormidad de la baja, les imposibilitará de cubrir las diferencias que resulten y están perdidos sin remedio.

BRACH. ¿He de ser yo el ángel guardián de todas esas gentes? El que juega ya sabe que se expone a grandes riesgos.

FLACH. Considere que entre esas gentes hay muchos amigos suyos.

BRACH. ¡¡Amigos!! ¡Acaso tengo yo amigos! Desde que trabajo, desde que lucho, desde que existo, nunca he recibido el consuelo de una palabra amiga.

(Pausa.)

FLACH. Dispuesto estoy a cumplir sus órdenes fielmente. ¿Cuál ha de ser en la bolsa mi actitud?

BRACH. La de un hombre tan sorprendido e ignorante de lo que ocurre, como los demas.

FLACH. Muy bien.

BRACH. Apenas los Cobres lleguen a seiscientos, haga usted la señal convenida y a toda velocidad de su auto, corra a anunciármelo.

FLACH. Cuente usted conmigo.

BRACH. ¿Entendidos?

FLACH. Entendidos. Hasta luego.

(Vase.)

ESCENA III

BRACHART, LE GOVAIN, luego JUAN, después MAITRE D'HOTEL, más tarde ZAMBO

(Apenas ha desaparecido Flach, Brachart se dirige apresuradamente a la habitación vecina.)

BRACH. ¡Le Govain! ¡Ya me pareció oir!... Entre usted Jerónimo, entre usted, mi buen amigo Jerónimo. Gracias por haber venido.

LE GO. ¡Usted! ¡Es usted!

(Traje de mañana; lleva el sombrero puesto, bastón y guantes.)

BRACH. ¿Le extraña verme?

LE GO. Mucho. ¿Qué hace usted en París?

BRACH. Adivínelo.

LE GO. No sé... ¡Ah! ya. ¡Una intriga amorosa!

BRACH. Justamente. Una intriga amorosa.

LE GO. ¡Es posible! ¡Una aventura! ¡Usted, el

bueno de Brachart! ¿A que me resulta usted peligroso?

(Sentándose.)

BRACH. No tanto como parece.

LE GO. Pero lo bastante para hacerme levantar a las diez de la mañana, habiéndome acostado a las ocho. ¿Así pues ese viaje a Londres, ha sido una comedia, una farsa?

BRACH. ¡Claro!

LE GO. Y en tanto que su mujer, su pobrecita mujer, y sus amigos, sus cariñosos amigos, le creen en Inglaterra... usted... ¡Admirable! ¡Es admirable!

BRACH. No me explico tal entusiasmo. Mi ardid es de lo más vulgar que se conoce. Cuando un marido necesita uno o dos días de libertad...

LE GO. Sí, pero usted...

BRACH. ¿Yo, qué? Acabará por preocuparme.

LE GO. Es natural. Tiene usted fama de hombre serio y enemigo de los placeres. Trabaja como un condenado para hacer prosperar sus negocios que le absorven noche y día. Además yo me lo figuraba enamoradísimo de su esposa.

BRACH. ¡Ah! Usted se figuraba...

LE GO. Le creía loco por ella.

BRACH. Conque usted me creía...

LE GO. Más aún. Ahora ya puedo decírselo todo.

BRACH. Todo.

LE GO. Hubiera jurado que la indiferencia de Ana María, era un martirio para usted. Porque ella se muestra fría, reservada...

BRACH. No hombre, no.

LE GO. Confieso que me he equivocado. ¡Soy un malísimo observador!

BRACH. Pero convengamos también que es usted un amigo muy atento, puesto que apenas recibe mi carta...

LE GO. Explíqueme el motivo de ella. ¿Qué puedo hacer por usted?

BRACH. Jerónimo, necesito que se quede a almorzar conmigo y que no se separe de mi lado hasta las tres o las cuatro de la tarde.

LE GO. ¿Nada más que eso?

(Riendo.)

BRACH. ¿Nada más. No se ría usted. Amigo mío: estoy atravesando las horas más angustiosas de mi vida.

LE GO. ¡Habla usted seriamente!

BRACH. Seriamente. Espero de un momento a otro ¡una noticia!... ¡una noticia!... En fin, usted juzgará por sí mismo. Quédese. La soledad me exaspera y la presencia de cualquier persona extraña me volvería loco. Mi buen Jerónimo, se lo suplico, no me abandone.

LE GO. Todo esto es muy interesante. Accedo. A las doce y media volveré para no apartarme de su lado.

BRACH. ¡Ah! ¡No!

LE GO. Quisiera ir a la Bolsa, pero si usted se opone...

BRACH. ¿A la Bolsa, para qué? ¿Sigue comprando Cobres?

LE GO. ¡No se burle! Me basta con los que poseo, pero nunca dejo de asistir a la apertura; así me oriento, conozco los cambios.

BRACH. Ahórrese tal molestia; puedo desde luego asegurarle que han abierto a un franco más.

LE GO. Poco es.

BRACH. ¡No se impaciente! Subiran algunos enteros todavía. Déme su sombrero y su bastón. Almorzaremos.

(Le coge el sombrero y el bastón, que deja en una silla. Llama.)

LE GO. Es usted despótico. Exige de mí un verdadero sacrificio.

(Sale Juan.)

BRACH. Juan. Queremos almorzar.

JUAN. Bien señor.
BRACH. Aquí mismo.
JUAN. Bien señor.

(Vase Juan. Después de una pausa entra el Maitre d'hotel con la carta y el carnet de notas.

MAITRE. Señor.
BRACH. Jerónimo.

(Pasando la carta a Le Govain.)

LE GO. Usted mismo. Pida lo que guste.

Tumbándose en el sofá.)

BRACH. Yo apenas como por la mañana; es una costumbre de viejo bolsista.
LE GO. Mejor que mejor. Jamás tuve menos apetito que hoy. He dormido solamente una hora y estoy rendido.
BRACH. Huevos fríos a la gelatina... y un plato del día cualquiera... Costillitas a la boulangére... ¿Qué le parece a usted?

(Consultndo la carta.)

LE GO. Como una seda.
BRACH. Toma. ¡Ah! y fruta.

(Dando la carta al maitre.)

MAITRE. Bien, señor.
BRACH. ¿Para beber, champagne?
LE GO. No. no. He bebido mucho esta madrugada.
BRACH. ¿Whisky, soda?
LE GO. Como otra seda.
BRACH. Whisky, soda.

(Al maitre.)

MAITRE. Bien señor.

(Vase el maitre d'hotel.)

LE GO. Yo conozco este departamento. Visité en él a un príncipe amigo mío, Jaime Stivaneslas que fué elevado al trono de su país y luego asesinado por sus mismos partidarios. Esas aventuras monárquicas dan mal resultado. En cambio las aventuras de los reyes como Su Majestad Jaime Brachart, son menos peligrosas. Cuénteme la suya. Estoy impaciente por conocerla.

BRACH. Un poco de calma: Ya le dije a usted que espero una noticia muy importante. Apenas la reciba, le pondré a usted al corriente de todo.

LE GO. ¿Y llegará hoy?

BRACH. A no tardar.

(Entran Juan y el maitre d'hotel, trayendo una mesa servida.)

JUAN. Cuando el señor guste.

BRACH. A la mesa entonces.

(Vase el maitre d'hotel, después de servir el primer plato.)

LE GO. Obedezco, pero no me siento con ganas de probar bocado.

BRACH. ¡Un esfuerzo!

(Sirviéndole whisky y sifón.)

¿Bastante Whisky?

LE GO. Un poco más. Esto me pondrá a tono.

BRACH. Déjanos.

(A Juan. Este se marcha.)

¡Estoy satisfechísimo de poder almorzar con usted!

LE GO. Y yo más aún de almorzar con Brachart, con el gran Brachart; con el Brachart de Marsella, del Cairo, de los Cobres egipcios. Con ese Brachart cándido como un colegial, que se desvive por los amigos, que es el hombre más feliz...

BRACH. Al contrario, el más desgraciado. La pasada noche, mientras usted estaba divirtiéndose, yo gemía y lloraba sólo, completamente sólo.

LE GO. ¡Es posible!

BRACH. A nadie confesaría mis debilidades a no tratarse de un amigo querido.

LE GO. Gracias. Pero cuénteme, cuénteme. Ustcd había simulado el tal viaje, para acudir a una cita en el hotel Ritz?...

BRACH. ¡Claro! ¿Le sirvo más?

LE GO. No. ¿Y seguramente la persona que esperaba no acudió a la cita?

BRACH. Sí. Acudió.
LE GO. ¿Entonces?...
BRACH. Paciencia. Pronto sabrá usted...
LE GO. ¡Ah, ya caigo! ¿Ha descubierto que su conquista le es infiel?
BRACH. Paciencia.
LE GO. Sería chistoso, que engañase usted a su mujer, para a su vez ser engañado por la otra.

(Riéndose, yendo a tumbarse sobre el sofá.)

Ríase usted conmigo, Brachart Bajá. Ayer los Cobres cerraron a ochocientos cuarenta y cuatro; dentro de dos meses llegaremos a mil. Cuando París entero se postra a sus pies, va usted a preocuparse por la infidelidad de una mujer cualquiera?

(Aparecen Juan y el maitre d'hotel a servir otro plato.)

Y ya que de los Cobres hablamos, debo confesarle, que anoche. me dió usted un mal rato.
BRACH. ¿Anoche?
LE GO. Sí; cuando aconsejaba a los demás que se abstuvieran de comprar.
BRACH. ¿Por qué?
LE GO. Porque yo...
BRACH. ¿Había comprado nuevamente?
LE GO. Sí; ayer mismo. No me atrevo a decirle la cantidad. Es muy crecida.
BRACH. ¿Y teme usted mis reprensiones? Pero vuelva a la mesa y coma de estas costillitas a la boulangére.
LE GO. Imposible. No puedo más.
BRACH. ¿Fruta?
LE GO. Café. Un poco de café.

(Brachart llama.)

BRACH. ¿Y cigarros?

(Sale Juan, precisamente con una caja de cigarros y encendedor.)

JUAN. ¿Aquí están señor?

BRACH. Café.

JUAN. ¿Cómo lo desean los señores?

BRACH. Turco.

(Vase Juan.)

LE GO. Pues sí, amigo mío. Para cubrir tuve que soltar hasta el último céntimo y tomar dinero prestado a crecido interés.

BRACH. ¡Mal hecho, muy mal hecho! Repruebo esas jugadas atrevidas. Supongamos que una baja inesperada... ¿Qué haría usted entonces para liquidar?

LE GO. Me arruinaba.

BRACH. Se halla usted a merced de un pánico.

LE GO. ¡Me asusta! ¿Teme usted algo?

BRACH. No, no...

LE GO. ¿Qué puede ocurrir? ¿Una guerra? No es probable. ¿Su muerte? menos aún.

BRACH. Amigo Le Govain, en los negocios siempre hay que temer lo imprevisto.

LE GO. Tiene usted razón. Mañana me aligeraré todo cuanto pueda.

BRACH. Es lo más prudente. Mañana ¡eh! Sin falta.

(Entra un criado árabe, vestido a la usanza de su país, a preparar el café, que trae en una bandeja donde hay unos pebeteros.)

LE GO. Sí; mañana. ¡Hola Zambo!

ZAMBO. Buenos días señor.

(Zambo sirve el café. Pausa.)

LE GO. Dime Zambo: ¿Te ha engañado tu mujer alguna vez?

ZAMBO. Nunca.

LE GO. ¿Cómo te has arreglado?

ZAMBO. Pues, no casándome.

LE GO. ¡Tiene gracia!

(Zambo, después de servir el café, besa la mano a Le Govain. Después se acerca a Brachart; éste le separa y le da una propina.)

BRACH. No, no. Toma.

ZAMBO. Gracias señor.

(Vase después de hacer a los personajes varias zalemas.)

BRACH. ¿Un cigarro?

(A Le Govain, que escoge uno.)

LE GO Este. Encienda usted pronto, y por caridad cuénteme su aventura de una vez.

BRACH. Sí; ha llegado el momento.

(Enciende el cigarro.)

Jerónimo, ¿es usted celoso?

LE GO. No. Puedo asegurarle que ignoro lo que son celos. Demostré tenerlos alguna vez, para agradar a las mujeres. Pero sentirlos, jamás.

BRACH. Así pues, durante una comida o en mitad de una fiesta, nunca sintió la terrible duda emponzoñar su alma?

LE GO. Nunca.

BRACH. No vino alguna vez el recelo a torturar su mente, ante una sonrisa maliciosa o una mirada intencionada? Otras veces, aguardando la palabra reveladora, ¿no le ha parecido que los muros del salón se desplomaban sobre su cabeza?

LE GO. ¡A menos que estuviera loco!

BRACH. ¿No ha mirado usted nunca a la mujer amada con ojos terribles y escrutadores? ¿Ni ha visto usted en sus brazos, en su espalda, en su cuello, en su boca, en fin... las señales de los besos de otro?

LE GO. ¡Qué le pasa!

BRACH. Pues yo sí, y no una vez, no, varias, muchas, y el que ha causado todos mis dolores, todas mis vergüenzas, todas mis humillaciones, ha sido...

(Se detiene. Juan aparece entrega una carta, y vuelve a retirarse.)

LE GO. ¡Acabe usted!

BRACH. Con su permiso.

(Abre la carta.)

¡Diablo! Una visita.

LE GO. Entonces...

(Levantándose.)

BRACH. No, no se vaya. Cuestión de unos minutos. Aguárdeme aquí.

LE GO. ¿Para qué molestarse? Me llevo la taza de café y mi cigarro y aguardo en aquel gabinete.

BRACH. ¡Si es usted tan amable!

LE GO. Aún me hace usted un favor. He visto allí una cama y descansaré un rato. Una cama representa para mí un sueño. Realizo el más pequeño de los sueños y estoy salvado.

BRACH. Gracias, amigo mío.

(Cerrando la puerta tras de Le Govain, que se marcha, llevándose también el sombrero y el bastón.)

ESCENA IV

BRACHART y FLACH

FLACH. ¡Señor Brachart! ¡Qué grave contratiempo!

BRACH. ¡Chist! ¿Bajaron a seis cientos?

FLACH. Todavía no.

BRACH. Hable usted bajo. ¿A cuánto?

FLACH. Setecientos cincuenta.

BRACH. ¿Qué? ¿Menos de cien francos? ¿Entonces por qué ha abandonado usted la Bolsa?

FLACH. Por...

BRACH. ¿No tenía usted orden de permanecer allí hasta alcanzar el resultado apetecido?

FLACH. Atienda, señor Brachart.

BRACH. Hable.

FLACH. Los cobres han abierto a ochocientos cincuenta. Londres nos ha mandado una baja de cuarenta francos.

BRACH. ¿Nada más?

FLACH. Nada más. Nuestros agentes empezaron a vender, pero no hubo más remedio que cesar, pues la resistencia ha sido terrible. Antes de que llegásemos a seiscientos. habría usted dado al mercado más de cien mil co-

bres y como poseemos únicamente veinticinco mil, quedaría un descubierto espantoso.

BRACH. ¡Y qué importa! ¿Acaso he fijado límites?

FLACH. ¡Señor!

BRACH. Venda usted si es necesario, doscientas mil acciones. Es preciso que me obedezca ahora y siempre.

FLACH. No habrá necesidad.

BRACH. ¿Por qué?

FLACH. Porque mañana, estará usted completamente arruinado.

BRACH. ¡Qué está usted diciendo!

FLACH. Se ha mezclado en el asunto una persona, cuya intervención...

BRACH. ¿Una persona? ¿Quién?

FLACH. El Barón.

BRACH. ¡Bah! Estamos en buena armonía.

FLACH. Lo sé. Pero es el caso que acaba de prevenirme amigablemente que al llegar a quinientos, pondrá una barrera infranqueable, comprando todo lo que se presente a fin de detener la baja.

BRACH. ¡Imposible! ¡Imposible!

FLACH. El le profesa a usted gran amistad, pero teme con fundado motivo, que la caída de los cobres provoque un pánico general.

BRACH. Se engaña. Los otros valores no han de sufrir lo más mínimo. Corra usted a la casa bancaria y procure convenerle.

FLACH. Es inútil discutir con él. Ya conoce usted su carácter. Nada le hará cambiar de resolución.

BRACH. ¡Ah!

(Se pasea nervioso. Pausa.)

FLACH. Ante esa disyuntiva, mi deber era suspender la venta y enterarle de lo que pasa. Si por obedecer sus órdenes ciegamente, no hubiese abandonado mi puesto, ¿qué hubie-

ra ocurrido? Que llegábamos hoy a seiscientos y el resultado sería la ruina de un gran número de especuladores. Mañana, esos infelices obligados por la justicia a cumplir sus compromisos,se verían en el caso de vender a cualquier precio. Esas ventas forzadas, pondrían al Barón en escena y entonces su plan queda destruído. Los Cobres no bajan ni un céntimo más, al contrario, el cambio sube rápidamente. Al pánico de un momento, sucede un entusiasmo indescriptible y usted deja en la empresa su nombre y su fortuna.

(Pausa. Brachart abre el balcón.)

Vamos, confiese usted que únicamente un loco o un criminal podría cumplir sus órdenes. Ha sido una suerte inmensa que el Barón nos advirtiese a tiempo. Se ha portado con caballerosidad extremada. La pérdida que hemos sufrido hasta ahora, es insignificante.

(Pausa.)

Así pues, señor Brachart, vuelvo a la Bolsa y compro nuevamente, ¿verdad?

(Pausa.)

Aguardo sus órdenes.

BRACH. ¿Mis órdenes?...

(Mirando hacia donde está Le Govain.)

Mis órdenes son las mismas. Venda usted hasta llegar a seiscientos.

FLACH. ¡¡Cómo!!...

BRACH. Juzga usted exageradamente la situación.

FLACH. ¿Acaso hay dos maneras de jugar a la Bolsa? ¿Pretende usted luchar con uno de los hombres más ricos del mundo?

BRACH. Tengo mi idea.

FLACH. ¿Cuál?

BRACH. ¡La tengo y basta!

FLACH. Señor Brachart, camina usted a la ruina completa. Estoy seguro de ello y us-

ted también está seguro de lo mismo, porque es imposible que una inteligencia como la suya...

BRACH. Flach, nada me disgusta tanto como las palabras inútiles. ¿Está usted dispuesto a ejecutar mis órdenes? ¿Sí o no?

FLACH. Pues bien, sí. A usted debo cuanto soy, mi nombre, mi fortuna. Cuente usted conmigo en todo y por todo.

BRACH. Así me gusta.

FLACH. Corro a la Bolsa. Una pregunta. ¿Si hubiera necesidad de presentar la cara?

BRACH. Preséntela usted.

FLACH. Muy bien. Aunque tenga que morir linchado por los jugadores, antes del cierre, los Cobres egipcios, bajarán a seis cientos, pero también puedo asegurar a usted, que a las tres de la tarde, Jaime Brachart, que poseía ésta mañana más de treinta millones de francos, se habrá arruinado completamente, por no querer confesar, que una vez en su vida se equivocó.

(Llega a la puerta y pregunta:)

¿Voy?

(Brachart contesta afirmativamente.)

¡Adelante!

(Vase. Brachart corre para detenerle, pero se domina; abre la puerta donde está Le Govain y grita con voz terrible.)

BRACH. ¡Le Govain! ¡Le Govain!

ESCENA ÚLTIMA

BRACHART y LE GOVAIN

LE GO. Aquí estoy.

(Dentro.)

BRACH. ¡Venga usted! ¡Venga usted!

(Brutalmente.)

¡Venga usted de una vez!

(Pausa. Le Govain aparece con el sombrero puesto.)

LE GO. ¡Caramba! ¡Qué prisa tiene! Vaya un modo de despertar a la gente.
¡Qué cara! Ha recibido usted alguna mala noticia?

BRACH. ¡Jerónimo Le Govain!...

LE GO. ¿Qué?

BRACH. ¡Jerónimo Le Govain, eres un miserable!

LE GO. ¡Cómo! ¿Qué dice usted? ¡Ha perdido el juicio!

BRACH. Aún no. ¿Sabe usted a cuánto se cotizan los Cobres egipcios? A setecientos cincuenta.

LE GO. ¡Ochocientos cincuenta!

BRACH. ¡Setecientos cincuenta! ¡Cien francos de baja Jerónimo Le Govain!

LE GO. Vamos, se conoce que mientras yo dormía ha bebido usted algo y el alcohol se le ha subido a la cabeza.

BRACH. ¡Y dentro de una hora estarán a seiscientos, Jerónimo Le Govain!

LE GO. ¡Todavía! Cuando digo que está usted malo. Acuéstese y duerma hasta mañana, Jaime Brachart.

(Intenta marcharse.)

BRACH.. Un momento.

LE GO. ¿Qué?

BRACH. ¿Dónde cenó usted la pasada noche, Jerónimo Le Govain?

LE GO. ¿Dónde?

BRACH. Es el café de París.

LE GO. Es muy posible.

BRACH. ¿Con algunas mujeres de mala vida?

LE GO. También es posible.

BRACH. ¿Con los Ruches?...

LE GO. No diré que no.

BRACH. Con Gracia Ritherford...

LE GO. Tampoco lo niego.

BRACH. Y con Ana María, mi esposa.

LE GO. ¡Brachart! ¡Esto es demasiado! Hay bromas que...

BRACH. Yo no bromeo nunca, yo no sé bromear. Anoche llevó usted a mi esposa a una cena de gente alegre. Este medio día los Cobres bajarán a seiscientos. ¿Comprende usted?

LE GO. ¡Nunca había visto borrachera semejante!

BRACH. ¡Pero no comprende aún! Vamos, ponga toda su atención, Jerónimo Le Govain. Usted es el amante de mi esposa y yo en venganza le arruino a usted. ¿Comprende ahora?

LE GO. Acabaría por aburrirme. Adiós.

(Se dirige a la puerta.)

BRACH. No saldrás de aquí.

LE GO. ¿Quién podrá impedírmelo?

BRACH. ¡Yo!

LE GO. ¡Cómo!

(Levantando el bastón.)

BRACH. De ésta manera.

(Cogiéndole brutalmente por el cuello y obligándole a retroceder.)

Las historias que a mis espaldas cuentas a tus amigos son ciertas. He sido cargador en el muelle de la Joliette, he vencido con el esfuerzo de mis brazos. De algo han de servirme pues, aunque no sea más que para clavarte en la pared como una mariposa.

(Acogotándole sobre la mesa.)

LE GO. ¡Suélteme usted!

(Resistiéndose.)

BRACH. ¡No te resistas o te estrangulo! ¡Soy el más fuerte!

LE GO. ¿Quiere usted soltarme?

BRACH. Promete no intentar salir de aquí hasta que yo disponga lo contrario.

LE GO. Esté usted tranquilo. No quiero pendencias con un mozo de cordel.

BRACH. Poco exijo de tí. Pongamos esto en orden.

(Soltándole.)

De todos modos aunque yo no te impidiera el marcharte, tu fina educación te lo impediría.

(Brachart recoge el sombrero y el bastón de Le Govain.)

LE GO. Vuelvo a repetirle...

BRACH. Eres capaz, no lo niego, pero atravesar el hall del hotel con la camisa desgarrada y el rostro ensangrentado, es poco aristocrático, ¿verdad?

LE GO. ¡Brachart, cálmese usted!

BRACH. Lo estoy.

LE GO. Condúzcase cual corresponde a su clase. Si tiene que vengar agravios en mí, mándeme dos amigos...

BRACH. ¡Un duelo! Un duelo del cual saldría yo herido, muerto quizás! ¡Me tomaste por un imbécil! ¡Conque además de tener mi esposa y mi dinero quieres aún mi vida? ¡No, no, eso no!

LE GO. ¡Miente usted, miente! ¿A qué fin mezcla en la cuestión a Ana María? ¿Para evitar el lance?

BRACH. Basta de tonterías. Yo deseo batirme, pero no suicidarme. No me complace el papel de víctima. Me bato, pero con mis armas y en mi terreno. Para nuestro encuentro. ésta habitación. Llama, grita cuanto quieras, nadie acudirá. Para detenerte, mis brazos, son fuertes. ¡Bastantes veces los he puesto a prueba! Para vencerte, para aniquilarte, mi astucia y mi dinero. Este es mi sistema.

LE GO. ¿Y me ha traído aquí engañado?

BRACH. Tú lo has dicho.

LE GO. ¡Acción digna de un vil y de un cobarde!

BRACH. ¿De veras?

LE GO. Sí de un cobarde. Si no fuera usted el último de los cobardes, sabría que todo hombre de honor tiene una espada...

BRACH. Yo no tengo espada ninguna.

LE GO. Porque ignora usted lo que es honor.

BRACH. ¡¡Honor!! Esperaba esa palabra. ¡Me río del honor! ¡Nunca lo he tenido! El rincón de Marsella donde nací se llamaba el barrio de los ladrones. Los que pasaban por la calle, escupían al suelo en señal de desprecio. Mi casa, la casa de mis padres, era un monte de piedad clandestino. En la escuela, los muchachos se reunían para aporrearme. Yo sufría sus golpes en silencio. Un día, por instinto, en una de esas luchas, mordí; desde entonces les obligué a una hipócrita complacencia. Mi carrera pues, está hecha a esa imágen. Despreciado por los hombres, he avanzado entre ellos con los puños cerrados, las manos sudorosas, los ojos amenazadores, el corazón seco, terrible. Mi tenacidad ha sido grande, mi rabia y mi pasión, grandes también. Y tengo rabia, ira, ferocidad, todo, menos honor. ¿De dónde había de sacarlo?

LE GO. En efecto.

BRACH. Pero tú, Le Govain, ¡qué diferencia! Hijo de un soldado glorioso y respetado; tu madre fué una santa mujer. Tú te nutriste de honor, has recibido lecciones de honor, has crecido entre el honor, y como es natural, tienes honor, mucho honor. En los desafíos, cuando sirves de testigo a alguno de esos jóvenes sin experiencia, exiges quinientos luises en pago de tus servicios. ¡Claro! como te sobra honor, necesitas venderlo. ¡Buen oficio y cómodo por añadidura! Pagas tus deudas con una cantidad que te presta Gracia Ritherford, le prometes casarte con ella y cuando logras reunir un capital, la despides brutalmente, pero sin devolverle lo prestado. ¡Esto es ser hombre de honor! Conmigo luego, con éste rico advenedizo,

también te portas como tu honor te dicta. Me demuestras una amistad que no existe, pero no rehusas ni mi oro ni mis consejos y por si esto no es bastante, me robas la felicidad, la esperanza, la ilusión de toda mi vida; cosa no reprobable según parece, puesto que también te lo permite tu honor. Y si ahora, dejándome caer en el lazo de esas palabras de honor, acepto un lance contigo y me matas mañana, te parece si en tal asunto de honor, habrá tomado el honor alguna parte?

(Movimiento de Le Govain.)

No; no te muevas o te aplasto entre mis manos.

LE GO. ¿Puedo saber hasta cuándo me tendrá usted aquí?

BRACH. Hasta que hayas perdido tu último céntimo. Cuando te halles completamente arruinado. ¡Todas vas a pagármelas, mi querido Le Govain!

LE GO. Se esfuerza inútilmente. No soy tan tonto que crea en eso de la baja.

BRACH. ¡Ah, no!

LE GO. Cómo es posible un crak sin motivo justificado...

BRACH. Sacrificando cuanto poseo. Mis treinta millones.

LE GO. ¿Su dinero, su querido dinero? ¡No me haga usted reir!

BRACH. Amo el dinero, es verdad, mucho, mucho, y sin embargo sacrifico mi fortuna para arruinarte, para arrastrarte conmigo en mi caída. Obedezco a mis impulsos, a esa fuerza misteriosa que en circunstancias desesperadas, me hace audaz, fuerte, invencible. Ha sido preciso apelar a ese recurso para vengarme. Quizás me arrepienta luego. Pero ahora es necesario, es necesario.

(Se oyen las voces de los vendedores de periódicos gritando: El krack de los cobres.)

LE GO. ¡¡Qué!!

BRACH. Escucha.

(Pausa.)

LE GO ¡La Bolsa! ¡Una catástrofe!

BRACH. ¡Sí, sí, una catástrofe! ¡El crak, eso, eso; tu ruina, Jerónimo Le Govain!

LE GO. ¡Será posible!

BRACH. ¡Y tan posible! ¡Estás arruinado!

LE GO. ¡Ah! ¡Canalla! ¡Canalla! ¡Bandido!

BRACH. Arruinado.

LE GO. ¡Ladrón!

BRACH. ¡Ruge, ruge cuanto quieras! Es mi venganza.

LE GO. ¡Bandido, canalla! Sí, tu esposa ha sido mía.

BRACH. ¡Mi venganza!

LE GO. Repítelo cien veces si te place. Ha sido mía y en cambio no será tuya jamás. Ya no gritas, ya no voceas. La amas con toda el alma y no olvidarás nunca lo ocurrido. Si algún día te encuentro cara a cara en alguna parte, seré yo el que reirá y no tú.

BRACH. No, Le Govain, tú no te reirás.

LE GO. ¡Me burlaré de ti!

BRACH. No te reirás, porque en vez de pensar en mi esposa, pensarás en la tuya.

LE GO. ¿En la mía? ¡Estás loco!

BRACH. Escucha. Me he ocupado también de tu porvenir y te caso con Gracia Ritherford.

LE GO. ¡Imbécil!

BRACH. Ella te adora, ella te desea, y como no eres capaz de soportar privaciones, consentirás al fin.

LE GO. ¡Estúpido!

BRACH. Consentirás, lo sé. ¡Qué remedio te queda! ¡Ah! Le Govain, ¿tú has sido el amante de mi esposa? Yo he sido el amante de la tuya antes que se case contigo y lo ha sido también todo el mundo. Te casarás pues con

la mujer de todo el mundo. ¡No creo que tengas ganas de reir al verme!

LE GO. ¡Miserable, ladrón! ¡Yo te obligaré a batirte y te he de matar!

BRACH. Anda, estás ya libre. Corre a la Bolsa, convéncete, rabia, llora y luego escoge, entre vivir de limosna y de la amistad, o echar tu honor a la calle y casarte con esa mujerzuela! Esto es lo que escogerás. ¡Digna pareja!

LE GO. Adiós ladrón. ¡Carne de presidio!

BRACH. ¡Vete!

(Con exclamación de desprecio.)

¡¡Aaaah!

TELON



ACTO CUARTO

(La misma decoración del segundo.)

ESCENA I

ANA MARÍA y MARQUESA

MARQ. ¡Te pido por favor, que no me mires así!

ANA. Bien, mamá.

(Coge un libro. Pausa.)

MARQ. Estoy asustada, horrorizada... ¡Siento una ansiedad, una angustia!... El caso no es para menos...

(Otra pausa.)

Dame tu frasquito de sales.

ANA. Toma.

MARQ. ¡Lees! ¡Pero es posible que puedas leer! ¡Hija mía, esto pasa de los límites!

ANA. En fin mamá, ¿qué deseas? Tu angustia es afán de saber.

MARQ. ¿De dónde venías ayer a las tres de la mañana?

ANA. Mi ausencia nada tiene que ver con los acontecimientos que te preocupan.

MARQ. Yo estoy en mi derecho al exigirte algunas explicaciones. Mereces por lo menos un re-

proche. Una mujer casada que hace lo que tú hiciste...

ANA. Mira mamá, te suplico que me dejes en paz. ¿A qué perder el tiempo? No comprendes que los reproches y las recriminaciones son impropios de ti?

MARQ. Sepamos por lo menos lo que pasó entre Jaime y tú, después que nos fuímos...

ANA. Nada: Una pequeña explicación... terminada la cual Brachart me anunció su propósito de marcharse a Londres... Y nos separamos... como de costumbre.

MARQ. Pero él se quedó en París.

ANA. Así parece.

MARQ. Claro, como que Jaime nunca tuvo intención de partir. Tu hermano ha reconstruído el plan admirablemente. ¡Es muy avispado ese Max! Brachart, contaba con ese golpe de bandolero para aumentar su fortuna. Venía preparando desde hace tiempo la baja y para despistar a los más avisados, habla a todo el mundo de un viaje a media noche, simulando después perder el tren, cuando esos negociantes no pierden nunca el tren. Tenemos pues a nuestro hombre, obligado a embarcarse a la mañana siguiente. Así podrá exclamar al enterarse de lo ocurrido: ¡Qué fatalidad! ¡Qué desgracia! ¡No estar yo presente para conjurar la catástrofe! ¡Estar navegando, o como si dijéramos no hallarse ni en Londres ni en París! ¡Bonita combinación! Pero los acontecimientos no dieron el resultado apetecido y el señor Jaime Brachart queda desenmascarado. ¿Verdad que ese era el plan?

ANA. Seguramente.

MARQ. ¿Te ríes?

ANA. Viendo la importancia que das a los hechos...

MARQ. Te prohibo que te rías ¡ Es increíble ! ¿ No nos compadeces ? ¿ No tienes piedad de tus infelices padres ?

ANA. ¿ Piedad ? ¿ No me dijiste hace poco que vuestro dinero estaba perfectamente asegurado, que poseíais sesenta mil libras en valores ?

MARQ. Sesenta mil... sesenta mil... No se trata de la parte material ; es mi corazón de madre el que... Estoy pensando en ti, pobre hija mía.

ANA. No me preocupo yo, ¿y vas tu a preocuparte ?

MARQ. ¡ Porque eres una inconsciente ! Debes darte cuenta de la situación ? ¡ Tu marido quizás no vuelva ! Tal vez a huído de París.

ANA. No lo creo.

MARQ. De todas maneras está arruinado.

ANA. No me importa.

MARQ. ¿ No te importa ?... ¡ y deshonrado ! ¿ Tampoco te importa ?

ANA. Nunca he creído con honra a Jaime Brachart.

MARQ. ¿ Entonces persistes en tu actitud ?

ANA. ¿ No lo ves ?

MARQ. ¡ Muy bien ! ¡ Perfectamente ! ¡ Me callo ! ¡ No diré ni una palabra ! ¡ Qué noche y qué día ! Es decir ¡ qué noches y qué días ! ¡ No veo más que catástrofes por todos lados ! ¿ Llaman a la puerta ?... Una catástrofe. ¿ Suena el teléfono ?... otra catástrofe. ¿ Qué hora es ?

ANA. Las siete menos veinte.

MARQ. ¡ Y tu padre que no vuelve ! He sido una tonta al mandarlo al Club en tales circunstancias. No cometerá allí, más que torpezas. ¡ Qué hombre ! Si oye algo no lo comprende, si lo comprende lo olvida en-

seguida y si no lo olvida lo cuenta todo al revés.

ESCENA II

Dichos, Max, luego Honorato

Max. ¡Salud!
Marq. ¡Ah! ¡Max!
Max. Llego de casa de Maxim. He hablado con todos mis amigos... ¡Estoy nervioso!
Marq. ¿Hay novedades? ¡Yo tiemblo!

(Sale Honorato)

Hono. ¡Hola! Vengo del Club. Traigo noticias.
Marq. Bien. ¡Cállate!
Hono. Bien.
Marq. Habla, hijo mío.
Max. Primeramente, Bradhart no ha salido de París.
Hono. En efecto.
Marq. ¿Estáis seguros?
Hono. Lo han visto en... ¿Dónde lo han visto?
Max. Acabo yo de verle, por el Boulevard Malesherbes en auto, muy tranquilo y con el aspecto acostumbrado.
Marq. ¡Ah, canalla! En un día como éste no venir a consolar a su mujer... Mi Ana María, mi pobrecita Ana María!

(Abrazándola.)

Max. Segundo: se asegura que es muy fácil que mi excelente cuñado, vaya a parar a la cárcel.
Marq. ¿Oyes, hija mía?
Ana. Oigo.
Hono. En el Club, también se ha dicho lo mismo; somos la comidilla de todo París.
Max. Y tercero: Después del pánico indescriptible, ha venido la reacción, y el alza de los

Cobres traerá la ruina completa de Jaime Brachart, vuestro yerno.

MARQ. ¡Arruinado!

MAX. Completamente. O si no decidme. ¿Cómo va a rehacerse de ese krak terrible, cuando su descubierto es colosal? Ayer cerró el cambio a seiscientos, hoy a las dos de la tarde, bajó a quinientos diez. El golpe era certero y parecía el éxito seguro; pero de pronto se le ocurre al Barón conjurar la tempestad; pronuncia unas palabras y como por encanto vuelve el cambio a subir.

HONO. Es cierto.

MAX. Y pasado mañana, a más tardar, los Cobres egipcios, estarán más altos que nunca.

MARQ. ¿Y nuestros amigos?

MAX. ¡Rugen como fieras! Unos han perdido grandes sumas; otros se han arruinado.

MARQ. ¡Calculad lo que pensarán de nosotros!

MAX. Yo he dado mi palabra de honor de que no estabais en la combinación.

MARQ. Como que es la verdad.

MAX. Que os habíais quedado sin un céntimo.

MARQ. Sin un céntimo...

HONO. Perdemos mucho... mucho.

MARQ. Además, nuestros negocios, no le importan a nadie.

MAX. Así es que todos se me ofrecieron incondicionalmente. ¡Me quieren tanto!

MARQ. ¿Y en el Club, qué se cuenta? Habla Honorato.

HONO. Amiga mia, como desde el matrimonio de Ana María no había vuelto a poner los pies en el Jockey, me han hecho un recibimiento algo... vamos... algo...

MARQ. ¡Sí! Que todo el mundo te ha vuelto la espalda.

HONO. ¡Tanto como eso!... Mi entrada ha producido sensación. Jerónimo Le Govain, ha-

bía llegado momentos antes, en un estado de excitación tal que... vamos que...

MAX. ¡Pobre Jerónimo! ¡Ha perdido entera su fortuna!

MARQ. ¡Desdichado!

HONO. Estaba furioso. Hablaba de batirse con Brachart, ¡su eterna manía! Todos procuraron disuadirle; entonces yo, aprovechando un instante de silencio, dije en alta voz: Le Govain, cometería una inconveniencia mandando los padrinos a ese hombre. Hay gentes con las cuales no se debe uno batir.

MAX. ¿Tú has dicho eso?

HONO. ¿Y bien?... Sí.

MAX. ¿Lo has dicho como ahora?

HONO. Idénticas palabras.

MAX. ¡Muy bien! ¡Estuviste muy bien! ¿Verdad, mamá?

MARQ. En efecto; muy bien.

HONO. Añadí además... fijaos en las frases: Es un pobre hombre el que os habla; una de las primeras víctimas; éste pánico nos cuesta nuestra fortuna! Entonces ha ocurrido algo soberbio. Francisco de Mangeneuse, uno de los más castigados por el desastre, se aproximó a mí y me dijo: Yo olvido mis penas, ante la pena y la decepción de Honorato.

MARQ. ¡Ah, noble corazón!

HONO. Todos los brazos se han abierto para recibirme como en otro tiempo y yo... me he conmovido.

MARQ. ¡Bravo!

MAX. Lo ves mamá, todos nos quieren. Ahora hay que tomar una resolución.

MARQ. El divorcio.

MAX. El divorcio.

HONO. El divorcio. A mí se me ocurrió en seguida.

MAX. Haremos anular el matrimonio en Roma.
MARQ. ¿Y si Bradhart rehusa?
HONO. Le obligaremos.
MARQ. Le pondremos pleito.
MAX. Brachart, aceptará.
MARQ. ¿Qué pensarán las gentes de nuestra actitud?
MAX. Todos estarán de nuestra parte. Es un caso excepcional.
MARQ. Pero entre tanto, Ana María se queda sin un céntimo.
HONO. La verdad es que...
MARQ. A menos que él pueda salvar algo...
MAX. Nada.
HONO. Quiera Dios que nuestra hija encuentre después el hombre que se merece.
MAX. No anticipemos...
MARQ. En fin, hija mía, la vida te debe una reparación, y desde lo más profundo de mi alma, deseo que la reparación sea completa.

(Pausa. Ana María no responde.)

MAX. ¿Y bien?
MARQ. ¿Has comprendido?
ANA. Sí, mamá, he comprendido. No contéis conmigo.
MARQ. ¿Para ser la primera en decírselo?
ANA. No; para abandonarle.
MAX. ¿Qué? ¿No quieres divorciarte?
ANA. No quiero.
MARQ. Pero, hija mía. ¿Te burlas de nosotros? Nos has escuchado sin decir una palabra...
ANA. Me repugna la discusión. Es el pasatiempo de los irresolutos. Yo espero que la vuelta de Jaime Brachart, me evite el enojo de contestaros.
MARQ. ¿Entonces la idea de vivir al lado de ese bandido, no te disgusta?
ANA. Me disguste o no, me quedo.
MARQ. ¿Por qué razón?

ANA. Porque es mi esposo.

MARQ. ¡Tu esposo es un canalla!

ANA. ¡No he de juzgarle yo! No le he juzgado antes. ¿Iba a hacerlo ahora?

MARQ. Ha engañado a todo el mundo. Es su costumbre.

ANA. Pero no la mía.

MARQ. ¿Qué significa tal respuesta?

MAX. Mamá, que estamos entre familia. No hay necesidad de fingir indignación.

ANA. Siento mucho no poder complaceros. Pasó aquel tiempo en que siempre me hallábais propicia a todo.

MARQ. ¡No comprendo!

ANA. ¡Y sin embargo es tan fácil! Recuerda. ¡Cuántos matrimonios deshechos! ¡Qué de combinaciones! ¡Qué de intrigas para encontrar el hombre que deseábais! Llega por fin el mejor postor y me adquiere como un objeto cualquiera. Yo me encontraba enferma, muy enferma aquel día, sin fuerzas para oponerme, pero hoy, no sólo me opongo, terminantemente, sino que además me moriría de vergüenza si tuviera que decirle; Señor mío, puesto que la caja está vacía, me voy; le abandono a usted. No, no, eso es propio de criados. Yo no me alquilé, me vendí.

MARQ. Muy bien. Honorato...

HONO. ¡Hola!

ESCENA III

DICHOS y BRACHART

BRACH. Buenas noches señora.

(Besando la mano a la Marquesa, que le contesta secamente.)

MARQ. Buenas noches.

BRACH. Buenas noches, Ana María.

(Le besa la mano.)

ANA. Buenas noches.

BRACH. Señor marqués.

(Saludándole. Honorato contesta con dignidad.)

HONO. ¡Hola!

BRACH. Buenas noches, Max.

MAX. Buenas noches.

MARQ. Caballero.

BRACH. ¿Es a mí?

MARQ. Sí, a usted. Son muchas las personas que aseguran que en la jugada de ayer perdió cuanto poseía. ¿Es cierto?

BRACH. Cierto.

MARQ. ¿Me han dicho también que iban a prenderle?

BRACH. No. Acabo de hablar con el ministro.

MARQ. Perfectamente. A mi vez he de manifestarle que cuando usted llegó, estábamos suplicando a Ana María, que abandonase esta casa por la nuestra hasta haber alcanzado el divorcio a cualquier precio. No vacilo en decírselo para que esté enterado. Es usted un hombre con el cual hay que hablar claramente.

BRACH. Apruebo su resolución. Usted y yo emprendimos un negocio, que debido a mi torpeza, no dió el resultado apetecido.

MARQ. ¡No comprendo!

BRACH. Varias veces me he visto en idéntico caso que usted y he procurado deshacerme sin piedad de mis infelices asociados. Está usted en su derecho. Ni pido indulgencia ni la necesito. Pero convengamos que en tocante a escrupulosidad nada tiene que envidiarme la nobleza.

MARQ. ¿Ha terminado usted?

BRACH. He terminado.

MARQ. Lo celebro.

(Dirigiéndose a Ana María)

Hija mía, medita lo que antes te dije. Si aceptas, tendrás en nosotros un apoyo, de lo contrario... ¡Adiós! De hoy en adelante te llamaremos, no nuestra hija, si no la esposa de... ¿Me has comprendido? ¡Honorato!

HONO. Aquí estoy.

(Ofreciendo el brazo a la Marquesa. Al llegar a la puerta vuelve.)

Permítame. Lo siento por usted, señor Brachart, pero comprendo que los dos, no hablamos idéntico lenguaje. ¡Buenas noches!

BRACH. Buenas noches, señor d'Andelin.

ESCENA IV

ANA MARÍA, BRACHART y MAX

MAX. ¡Nonó está desconocido! Por fortuna nos hallamos ya entre gente seria. Amigo Brachart, mucho juicio y... Ya me conoce usted... yo...

BRACH. Max, ¿olvida usted la cita?

MAX. ¿Qué cita?

BRACH. Dentro de cinco minutos en casa de Maxim.

MAX. ¡En casa de Maxim!

BRACH. Sí, dentro de cinco minutos.

MAX. Le aseguro a usted que no tengo ninguna cita.

BRACH. Yo le aseguro a usted que sí. Vaya usted, vaya usted. Apenas le queda tiempo.

MAX. Quizás tenga razón. ¿En casa de Maxim? Perfectamente. No me acordaba. Me voy. Hermana mía, ya me conoces. Yo, partidario del libre albedrio... En fin... ¿No eres mayor de edad? Pues entonces... Hasta la vista.

(Vase.)

ESCENA ULTIMA

Ana María y Brachart

(Después de una pausa, viendo a Brachart que quedó inmóvil.)

ANA. ¿Sufre usted?

BRACH. La fatiga...

ANA. Recibí su carta.

(Sacándola de entre las hojas del libro.)

BRACH. ¿Mi carta? ¡Ah, sí!

ANA. Aquí está. Escribe usted en ella· Ana María: No he salido de París. Estoy completamente arruinado. Sólo pienso en usted. La adoro. Jaime, yo no sé mentir, yo no soy coqueta, pero su carta me ha lisonjeado en extremo.

BRACH. Puse lo que me dictaba el corazón.

ANA. ¿Así pues, no me rechaza usted? ¿Desea tenerme a su lado?

BRACH. Sí, Ana María; a mi lado.

ANA. ¿Apesar de su infortunio?

BRACH. Siempre a mi lado.

ANA. Apesar... ¿apesar de lo ocurrido antenoche?

BRACH. Siempre a mi lado. Necesito hablar con usted.

ANA. También yo.

BRACH. Ya escucho.

ANA. No, prefiero que antes...

BRACH. Usted primero, se lo suplico.

ANA. Jaime; veo con admiración que las tempestades de la vida, no han hecho mella en usted. Le odiaba con toda mi alma; ya no le odio. Sólo puedo odiar a los opresores, a los poderosos. Olvide todas las injurias, todos los desprecios, todas las amenazas; mi orgullo, mi encono y mi desesperación. Desde hoy será para usted, no la esposa, porque

esto es imposible ni me lo exija usted nunca, nunca...

BRACH. ¿Entonces?...

ANA. Una compañera, una compañera inseparable y leal.

BRACH. Ana María, antes de darle las gracias por su abnegación, necesito que me oiga unos momentos. Yo he dicho la verdad a sus padres, pero no se la he dicho entera.

ANA. ¡Ah!

BRACH. El ministro me impuso por condición, que saldase mis diferencias, evitándome así el ir a la cárcel, pero me aconsejó además, y no es consejo que despreciarse pueda, que desaparezca por algunos años de Francia.

ANA. No puedo ocultarle que el sacrificio de la expatriación, es muy grande para mí. Antes de obligarme a hablar, debía usted habérmelo advertido. Sin embargo, no he de valerme de una resolución lógica para retirarle mi palabra. ¿Le han condenado a huir?... pues huyamos.

BRACH. Ahora soy yo el que rehusa.

ANA. ¿Por qué?

BRACH. Rechazo su piedad, su sacrificio, su limosna.

ANA. ¿Qué significan tales palabras? Aquí no se trata de piedad.

BRACH. Sí. Usted se inclina con una especie de conmiseración hacia el hombre caído.

ANA. ¿Y bien?

BRACH. Y bien. Yo no he caído todavía. Me creen vencido, derrotado y sin embargo, la partida está en pié y usted es el premio, Ana María.

ANA. ¿Va usted a hablarme nuevamente de amor?

BRACH. Una palabra sola.

ANA. Pero...

BRACH. Una sola, sea usted generosa. Si alguna vez alguien ha conquistado el derecho de de-

fender su causa, ese soy yo, que envilecido y arruinado, vengo en éste momento a suplicar de nuevo a la mujer que adoro, que me conceda un poco de cariño. No soy un ser indiferente. Nunca lo fuí. Yo la amaba a usted antes de conocerla. Cuando hambriento y andrajoso iba por las calles de Marsella, cierta dama de la aristocracia, despertó en mí inextinguible pasión. ¡Con qué ansiedad aguardaba yo, todos los días verla subir al carruaje! Y ella pasaba por mi lado, fría, desdeñosa, con su altivez soberana, que me obligaba a bajar los ojos. ¿Valía tal admiración? ¡Quién sabe! Pero el recuerdo de su hermosura decidió de la suerte de toda mi vida. Cuántas veces he pensado seriamente en alguna mujer, otras tantas esa visión de mi juventud se me ha aparecido sonriente y tentadora, y el día en que por casualidad la ví a usted, como por encanto se presentó ante mi vista, la imagen de aquella dama altiva y magestuosa, reflejándose en su mirada, en su expresión, en su ademán. ¡Era usted misma en carne y hueso! ¡Cuán iguales las dos! ¡Por eso me obstiné en poseerla! No en balde había luchado año tras año, para alcanzar una fortuna, para hacerme hombre, para vencer.

ANA. ¿Eso es todo?

BRACH. ¿No es bastante? No halaga su natural orgullo ese amor de un pillete del arroyo, que por esfuerzo de su vo untad poderos , amontona millones sobre millones, para colocar en lo alto de su torre feudal a la mujer de sus sueños, y que luego ante el temor de perderla...

ANA. ¿Qué?

BRACH. Una leyenda acude en éste momento a mi

memoria, una hermosa leyenda de los tiempos bíblicos, la más hermosa: Sansón.

ANA. ¡Sansón!

BRACH. ¿No es cierto que es admirable? Ese pobre Sansón, prisionero de los filisteos, al que cortan los cabellos y obligan a dar vueltas a la rueda de un molino. ¡Ese gigante vencido y despreciado que se acostumbra a trabajo tan denigrante, pero que en silencio ruje y maldice de su suerte! Y los vencedores, inventan otra humillación más cruel todavía. Quieren celebrar la vergüenza del caído y le obligan a asistir a una fiesta, donde los invitados insultan su dolor y su desgracia. Entonces terribles recuerdos llenan su memoria. La ira de otros tiempos enciende el fuego que dormita en su alma y se siente ágil y fuerte. Sansón ha comprendido que vuelve a ser Sansón; pero nada deja entrever, y calla y medita, porque es sabio y prudente. De pronto, sus manos poderosas que acarician las dos columnas del templo, sacuden, sacuden ¡y allá vá! techo y paredes se derrumban, sepultando entre sus escombros a la canalla vil y cobarde. ¡Qué venganza! ¡Arrastrar a los enemigos en su caída. ¡Qué venganza!

ANA. ¡Jaime! ¡Creo adivinar!... ¿A qué obedecía que se quedara anoche en París?

BRACH. A una denuncia. Me aconsejaron que vigilase.

ANA. ¿Pero no tenía usted que ir a Londres?

BRACH. Sí; era imprescindible el viaje.

ANA. ¿Entonces esa baja ha sido provocada por usted?

BRACH. Sí.

ANA. ¿Lo venía quizás preparando de hace tiempo?

BRACH. No; se me ocurrió ayer, mientras la tuve a usted encerrada allí.

ANA. ¡Será posible!

BRACH. Yo le daré a usted pruebas.

ANA. ¿Así pues, soy yo la causa de esta baja que le arruina?

BRACH. Sí usted Ana María, usted Ayer de madrugada sufrí aquí lo indecible; su confesión... Jerónimo Le Govain... La cena... los invitados... aquellas mujeres... todo esto me quemaba las entrañas; sentí el fuego de los celos en mi pecho...

ANA. ¿Y entonces?

BRACH. Entonces, como Sansón, me volví loco de furor; como él abracé las columnas del templo, de ese templo que está en aquel rincón de la calle Vivienne y sacudí, sacudí, con todas mis fuerzas!

ANA. ¡Usted ha hecho eso!

BRACH. Sí, Ana María. Ahora ya puedo perdonar, olvidar. Estoy satisfecho. Yo he tenido a Le Govain entre mis manos, y zarandeándole como a un muñeco, he vaciado sus bolsillos, mientras él rabiaba viéndose arrastrado en mi caída. La misma corriente nos empuja ahora a los dos; pero en tanto que él se hundirá para siempre, yo, con esfuerzo sobre humano, volveré a ser fuerte, poderoso.

ANA. ¡Usted ha hecho eso!

BRACH. Es mi última aventura. Ahora me someto a tu voluntad, Ana María. Todo lo he perdido por complacerte. Nada hay que nos separe. ¿Qué te importa que yo haya nacido en el fango y tú en la opulencia? ¿Qué te importa, si he de adorarte como mereces! ¡Ana María! ¡Mujer Tú vives para amar y es amor lo que tú esperas. ¡Ven a mis brazos! En la noche de tu adulterio y

en el día de mi ruina, esa antorcha de amor, es hermosa, muy hermosa.

(Intentando estrecharla entre sus brazos.)

ANA. ¡Suélteme!

BRACH. ¿Por qué?

ANA. Porque yo no puedo amarle a la fuerza.

BRACH. ¡A la fuerza! ¡Vete!

ANA. ¡Jaime!

BRACH. Vete, o soy yo el que se marcha. Las partidas bruscas ya me conocen. ¡Adiós! ¡Hasta nunca!

ANA. Jaime, quédate.

(Con dulcificado acento.)

BRACH. ¡Oh! ¡Mírame, mírame un momento! Estás turbada como jamás te había visto. No apartes de mi los ojos. ¿Qué temes?

ANA. ¡Jaime!

BRACH. ¿Me amas?

ANA. Jaime... Ayer cometió usted una acción indigna; sin embargo...

BRACH. ¿Qué?

ANA. Llegó a conmoverme aquel fuego... aquella violencia... ¡Es grandioso, Jaime, yo le admiro.

BRACH. ¡Entonces tú me amas!

(Ana María no contesta)

¿Qué obstáculo se opone a ello? ¡Tú no sabes como yo sé querer! ¡Desconoces mi fuerza de voluntad! Díme: ¿es mi pasado?...

ANA. Sí: ese camino tortuoso, lleno de astucias y de nebulosidades; algo qce yo adivino... ¡algo ignorado que me dá miedo, mucho miedo!

BRACH. Tienes razón. ¡He sido un mal hombre! Yo he engañado, saqueado, robado, tienes mucha razón. Jamás supe lo que era conciencia; más por tu amor sabré regenerarme. ¡Ana María, soy pobre, muy pobre! Mi vida empieza de nuevo. es necesario que suba y subiré, pero honradamente, noble-

mente, como tú deseas. Y ahora dime, ¿me amas?

ANA. Espera.

BRACH. ¡Ana María!

ANA. Espera. No quieras obtener un amor que aún no siento. No trates nuestro amor, como un negocio cualquiera. Espera. Yo te juro que he de intentar amarte. ¿Comprendes?

BRACH. Sí: comprendo y soy dichoso, Ana María, ¡muy dichoso! Tú no dudas de mi amor, ni puedes dudar nunca. Mira en mí, al forzado, al condenado. Vida o muerte, es mi lema y tú has de dármela. Si apesar de mi voluntad, si apesar de mis energías no venzo...

(Se interrumpe, la mira fijamente y exclama. Ante el brillo de la mirada de Ana María.)

Pero venceré, venceré.

FIN DE LA OBRA

OBRAS DE RAMÓN CARALT

La reina alegre, vodevil en tres actos, original. (Teatro Moderno. Buenos Aires).

El Cometa de Halley, comedia en un acto, original. (Teatro Olímpo. Rosario).

Rouletabille, El misterio del cuarto amarillo, arreglo en cuatro actos, de la popular novela de Gastón Leroux. (Teatro Victoria. Buenos Aires).

La diadema de la Princesa, comedia en cuatro actos, traducida del francés. (Teatro Victoria. Buenos Aires).

El Rey, comedia en cuatro actos, traducida del francés. (Teatro Victoria. Buenos Aires).

La manzana del Paraíso, vodevil en tres actos inspirado en una obra francesa. (Coliseo Florida. Montevideo).

La camarera del tabarín, opereta en tres actos, traducida del francés, música de Edmond Missa. (Teatro San Martín. Buenos Aires).

Los buitres, drama en dos actos, traducido del francés. (Teatro Politeama. Rosario).

La evasión, drama en un acto, traducido del francés. (Teatro Politeama. Rosario).

Las tres máscaras, drama en un acto, traducido del francés. (Teatro Politeama. Rosario).

Las noches del Hampton Club, drama en dos actos, arreglado del inglés. (Teatro Nuevo. Buenos Aires).

El Emperador Menelick, vodevil en tres actos, traducido del francés. (Teatro Nuevo. Buenos Aires).

Los cuarenta millones del ingeniero, comedia en tres actos, traducida del francés. (Teatro Politeama. Montevideo).

El sistema del doetor Goudron, drama en un acto, traducido del francés. (Teatro Politeama. Montevideo).

Las delicias del hogar, comedia en tres actos, traducida del francés. (Teatro Nuevo. Buenos Aires).

El Vicario de Weybury, comedia en tres actos, arreglada del inglés. (Teatro Politeama. Rosario).

La mano del mono, drama en un acto, traducido del inglés. (Teatro Politeama. Rosario).

Sansón, drama en cuatro actos, traducido del francés. (Teatro Santiago. Santiago de Chile).

El misterioso Jimmy, comedia en cuatro actos, arreglo de la novela Norte Américana, «Alias, Jimmy Valentine.» (Teatro Olimpo. Lima).

La Casta Susana, vodevil en tres actos, traducido del francés. (Teatro Colón. Méjico)

El espía, drama en cuatro actos, original. (Teatro Price. Madrid).

La mano gris, comedia en cuatro actos, original. (Teatro Price. Madrid).

La corte del rey Octavio, comedia en cuatro actos, original. (Teatro Price. Madrid).

Fantoma, drama policiaco en cuatro actos, en colaboración con A. G. Miranda. (Teatro Price. Madrid).

Sherlock Holmes contra John Raffles, comedia policiaca en cinco actos, en colaboración con Luís Millá. (Teatro Price. Madrid).

El misterio de la aguja de Etretat, drama en cinco actos, arreglo de la novela de M. Leblanc, «L'aiguille creuse». (Teatro Price. Madrid).

Los ojos del sol, drama en cuatro actos, en colaboracion con Donoso Cortés. (Teatro Price. Madrid).

Los Miserables, drama en seis actos, un prólogo y un epílogo arreglo de la famosa novela (Teatro Martín. Madrid).

El Conde de Merville, comedia en tres actos, en colaboración con Federico Reparaz. (Teatro Novedades. Barcelona).

Los misteriosos, drama de espectáculo en cuatro actos, original. (Teatro Novedades. Barcelona).

Servicio de espionaje, drama en cuatro actos, inspirado en una novela norteamericana. (Teatro Price. Madrid).

La tragedia real, tragedia en tres actos, traducida del francés. (Teatro Principal. Méjico).

Los misterios de New York melodrama de espectáculo en cinco actos, original. (Teatro Principal. Méjico).

El doctor rojo, drama en cuatro actos, original. (Teatro Ideal. Méjico).

Macho y hembra, arreglo en cuatro actos de la novela inglesa «The admirable Crichton». (Teatro Colón. Bogotá).

La caprichosa Miss Jenny, comedia en tres actos original.

Por conspirar contra el rey, drama en tres actos, original.

Corazones sin rumbo, comedia en tres actos, original.

La danzarina del Príncipe triste, comedia en tres actos, original.

